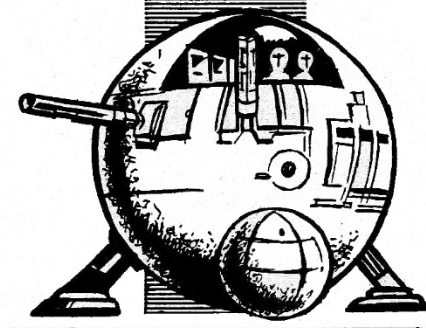


HEROES ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
ALARMA EN PALAOS
KELLTOM McINTIRE



héroes del ESPACIO







ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

172 — Agujero cósmico, Alex Simmons.
173 — Escalera al infinito. Clark Carrados.
174 — Guerra de cerebros, Joseph Berna.
175 — Espada y brujería, Lem Ryan.

176 — Enemigo de la cofradía, A. Thorkent.

KELLTOM McINTIRE

Alarma en Palaos

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 177
Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRÉS. 5 – BARCELONA

ISBN 84-02 09281-0
Depósito legal: B. 26.348-1983
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición en Esparta: septiembre. 1983
1.ª edición en América: marzo. 1984

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N 152. Km 21.6501 Barcelona – 1983

CAPÍTULO PRIMERO

La motonave *Port Saint Richard* había partido del puerto de Sídney el día 14 de diciembre.

El *Port Saint Richard* transportaba en sus bodegas tres mil toneladas de carne en canales de cordero y mil quinientas toneladas en balas o fardos de lana.

Su capitán se llamaba Christopher Balsam y era un hombre delgado, enjuto, de casi dos metros de estatura. Balsam tenía cincuenta y dos años, que acababa de cumplir precisamente el mismo día en que su motonave zarpó del puerto de Sídney.

Aquel era su último viaje como capitán de un barco mercante. Un mes atrás, el doctor Simkus le había diagnosticado un cáncer de páncreas. Chris Balsam se había pasado más de treinta años navegando a través de mares peligrosos y encrespados, y no era precisamente un hombre impresionable. Cuando el doctor Simkus le dio la mala nueva, se limitó a fruncir el ceño y acariciarse su veterano y gris mostacho.

—Bien, doctor —dijo—. ¿Eso quiere decir que tendré que dejar de navegar?

—Por una temporada al menos, sí. Habrá que extirpar ese páncreas. Bueno, capitán Balsam nadie se muere por eso. Tendrá algunas limitaciones físicas a partir de entonces, sí. Pero si no comete excesos, podrá seguir navegando. Vuelva a mi consulta en cuanto esté de nuevo en Sídney. Le someteré a nuevas pruebas y acordaremos la fecha de la intervención quirúrgica.

—Perfectamente, doctor —respondió Balsam, sin conmoverse.

Sin embargo, se sentía destrozado íntimamente.

Había dedicado treinta y seis años de su vida al mar. No era Balsam un hombre particularmente ambicioso. Nacido en una pequeña ciudad ganadera del interior, nunca sintió especial vocación por la cría de ganado, por lo que a los dieciséis años se había embarcado como grumete en un buque ballenero.

No había sido fácil prosperar. Una vez había abrigado la esperanza de convertirse en armador de una nave carguera y hacer algún dinero, pero jamás logró ahorrar lo suficiente como para convertir su sueño en realidad.

Había sido patrón de bajura y después había conseguido el título de capitán de la marina mercante con muchos esfuerzos y privaciones. Se casó a los veinticinco años con Ada Graver, una aburrida maestra de escuela, a la que nunca le importaron demasiado las cosas del mar. Una vez convertida en la señora Balsam, Ada se dedicó estrictamente a sus deberes conyugales y domésticos. Luego vinieron los hijos, hasta un total de seis: tres hembras y tres varones, por ese orden.

Balsam, como cualquier navegante, permanecía muy poco tiempo en casa. Por otra parte, su esposa no era mujer capaz de apasionar a nadie. Ada tenía bastante con el cuidado y la crianza de sus hijos y las faenas propias del hogar.

Poco a poco, el capitán Chris Balsam fue dejando sus sueños olvidados. La mayor parte del dinero que ganaba estaba dedicado a su mujer y sus hijos. E incluso así, Ada se quejaba constantemente de su situación económica. Mantener a siete personas costaba mucho dinero, ciertamente.

Por otra parte, si Ada Balsam tenía alguna ambición, esta consistía en dar una carrera a cada uno de sus hijos, objetivo que consiguió plenamente a costa de grandes sacrificios, tanto para el capitán como para los restantes miembros de su familia.

A los treinta años Ada dejó de parir hijos. Cuando su marido llegó de Filipinas se negó tajantemente a acostarse con él:

—He consultado con el reverendo Parkinson y me ha dicho que el sexo no es aconsejable cuando se trata de primitivo placer. Como sea que yo no pienso traer más hijos al mundo, tampoco me plegaré a tus deseos carnales —especificó con toda la frialdad del mundo.

Balsam no protestó, pero se sintió un poco más amargado. Poco después conoció a una modista, con la que se amancebó. Ciertamente, también se permitía ciertos desahogos de tipo sexual en los puertos en que tocaba su barco, pero no había el menor sentimiento —ni respuesta— afectivo en aquellos fugaces contactos con personas del otro sexo.

Poco a poco, Balsam llegó a la conclusión de que su única ambición sería retirarse de la marina mercante no demasiado viejo, no demasiado gastado, no demasiado pobre.

Comenzó a sisar a su esposa. Cuando percibía su sueldo, siempre distraía alguna cantidad que depositaba secretamente en una cuenta personal bancaria. Era su seguro de vejez, puesto que a Ada solo le importaban ya sus hijos.

¡Los hijos...! Para Balsam, los suyos eran unos perfectos desconocidos. Ada los había educado a su imagen y semejanza: tanto sus hijas como sus hijos no tenían otra ambición que buscarse un lugar acomodado en la vida.

Balsam pagaba sus estudios a base de carencias y penurias personales, pero tampoco esto le importaba demasiado.

Si sentía un poso amargo en la garganta cuando consideraba que su vocación —no demasiado intensa, nunca excesivamente fogosa— por el mar podía ser la causa de que no contara con una verdadera familia, con un clan en el cual todos se mantuvieran unidos por el amor y el respeto.

¡Al diablo! ¿Qué podía importar todo eso ahora, cuando el doctor Simkus acababa de decirle que tenía un cáncer en el páncreas y que tendrían que extirpárselo?

Christopher Balsam no era un hombre optimista. La vida le había hecho así, quizá. Además, secretamente había consultado varios libros que trataban sobre oncología, lo cual vino a abrir un abismo pavoroso en sus esperanzas. Sabía que el cáncer podía extenderse a otras entrañas, incluso después de serle extirpado el páncreas. ¿Qué porvenir le aguardaba?

Había logrado reunir una crecida cantidad de dinero en dólares australianos. Aquel dinero estaba bien invertido y le rentaba anualmente veinte mil dólares, que él volvía a reinvertir inexorablemente.

Había acariciado un sueño, sí. Se veía a sí mismo en una casita junto al mar —probablemente en aquella población costera llamada Cordigan—, rodeado de trofeos y símbolos marineros, sentado en una cómoda hamaca junto al fuego y encendiendo parsimoniosamente su vieja cachimba de espuma de mar. ¿O quizá regando un macizo de buganvillas en el pequeño jardín que se

asomaba sobre el promontorio?

Sabía que no podía contar con Ada como compañera de su vejez. Eso lo había entrevisto aquella noche en que su esposa parió a su último hijo —Adam— inesperadamente y en el propio hogar. Hubo una hemorragia terrible y todo el lecho quedó empapado en sangre. Ada era una mujer delicada, delgada, excesivamente débil para gestar y criar tantos hijos. A partir de aquel momento, el capitán Balsam estuvo seguro de que él sobreviviría a su esposa. Y así fue en efecto.

Ada murió dulcemente a los cuarenta y ocho años de edad. Fue un fallo cardíaco, inesperado. Se quedó tiesa en el lecho con una expresión dulce en su rostro prematuramente marchito.

¿A qué se debía aquella sonrisa inefable en un rostro de muerta?

Balsam pensaba que ella tuvo una muerte dulce porque había cumplido con su deber de madre. Dos de sus tres hijas estaban casadas ya con personajes bien «afianzados» en la sociedad australiana. Paul era un cirujano de élite en el Saint James Hospital de Canberra; Christopher trabajaba como ingeniero petroquímico en el Desierto Gibson, y el más joven, Adam, era un campeón de rugby en la universidad.

Por tanto, a Ada no le restaba nada por hacer en este mundo. Había llegado el momento de morirse y se murió, sin molestar a nadie.

El capitán Balsam acudió en algunas ocasiones a visitar a su hijo Adam a la universidad. Durante algún tiempo abrigó la esperanza de conquistar a Adam para sí mismo. Por desgracia, a Adam solo le importaban sus éxitos deportivos, aunque sin descuidar metódicamente sus estudios de biología.

En fin, el capitán Balsam comprendió que, definitivamente, estaba solo. Pero esto no era ninguna novedad para él, que había visto transcurrir la mayor parte de su vida en soledad.

A partir de entonces pudo ahorrar gran parte del dinero que ganaba, pues sus restantes hijos se habían emancipado y únicamente sufragaba los estudios de Adam, el cual pronto rudo correr personalmente con tales gastos, pues acababa de ser fichado por el prestigioso equipo de los Laurel Jaguars y ganaba mucho más dinero que su propio padre, gracias a sus músculos.

—Compraré la casita en Cordigan —decidió.

Y así lo hizo.

Su inversión bancaria estaba intacta. Con aquel dinero y la pensión que le quedase cuando decidiese jubilarse —no demasiado viejo, no demasiado gastado, no demasiado pobre— podría vivir desahogadamente.

Poco a poco fue acarreando al bastión de Cordigan —así gustaba de llamar al caserón erguido sobre un promontorio a la entrada de la población— miles de objetos, que suponían otros tantos recuerdos de las diversas épocas de su vida.

En aquella casa, vieja pero cómoda, todo tenía un sabor a salitre y a algas, a yodo y a madera: era el aroma del mar.

Balsam se sentía muy cómodo allí. Invirtió algún dinero en hacer ciertas reformas y mejoras y el «bastión» se convirtió en su lugar predilecto.

Como le gustaba leer, el capitán fue depositando allí centenares de volúmenes, la mayoría ya leídos durante las larga: jornadas de navegación. La literatura predilecta era para él la que trataba de viajes marítimos, por encima de todo, de guerras, de hundimientos y de viejas tradiciones, y leyendas relacionadas con el elemento predominante de su vida: el mar.

Por desgracia, cuando regresaba de una singladura a Nueva Zelanda se sintió muy enfermo. Hacía tiempo que venía sufriendo vómitos, cólicos y otros malestares diversos, pero jamás había acudido al médico. Pero en aquella ocasión hubo de permanecer en Sídney y Cordigan por una larga temporada, pues su médico le recomendó descanso y un tratamiento adecuado.

Jugaba al póquer y empezó apostando pequeñas cantidades en la famosa taberna de Lowe Vance, en Cordigan. A lo largo de un mes, perdió dos o tres mil dólares y dejó de acudir a aquella timba.

Una noche sintió la tentación de probar fortuna en algún otro lugar. Abrigaba la esperanza de resarcirse de aquella pérdida, que si no suponía demasiado para él, le hirió profundamente en su amor propio, pues se consideraba un mediano jugador de póquer.

El lugar elegido fue un tugurio de Sídney llamado The Red Lion, famoso por sus timbas clandestinas y también por la cantidad de dinero que allí se jugaba.

A las dos de la madrugada, Balsam había perdido diez mil dólares y se sentía de un humor de todos los diablos. Pero precisamente el demonio del juego volvió a tentarle pocos días después.

Esta vez no se pondría en manos de tahúres y follones, sino que acudiría directamente a una sala de juegos legal, donde quizá la suerte le permitiría resarcirse en poco tiempo.

A las diez de la noche penetraba en el Grand Austral, un, casino situado a pocos kilómetros de la gran ciudad. Llevaba cincuenta mil dólares australianos en billetes, su talonario de cheques e incluso la escritura de propiedad de su casa de Cordigan.

Cuatro horas después no tenía nada. Había ofrecido finalmente su «bastión» a cambio de cinco mil miserables dólares —solo los muebles atesorados allí valían más de tal cantidad— y había terminado perdiendo al *black-jack* lo último que le quedaba.

Cuando el capitán Christopher Balsam abandonó aquella, noche el Grand Austral, sabía que era hombre muerto.

Poco después, el doctor Simkus le dio la terrible noticia:

—Cáncer de páncreas. Habrá que extirpar.

Ya no iba a disponer de su entrañable «bastión» en Cordigan, ni iba a gozar de una anticipada y regalada jubilación.

—El diablo arrastró con todo —murmuró torpemente cuando se encaminaba a su hotel.

Al día siguiente fue a la oficina del armador y declaró que estaba dispuesto a navegar al mando del *Port Saint Richard*. Cualquier cosa era mejor que seguir atormentándose.

Había cumplido los cincuenta y dos años el día en que su motonave zarpó de Sídney, con una carga de canales de cordero y varios miles de fardos de lana australiana. En aquel momento, Balsam no tenía ningún deseo de volver.

«Me gustaría morir en el mar», pensó, cuando acodado sobre la borda contemplaba las maniobras de desatraque de su barco.

Dos días después, el *Port Saint Richard* tocó en el puerto de Aukson y descargó parte de las canales de cordero. Al día siguiente el buque descargó casi todo su cargamento de lana en el puerto de Clarence Island, de cuyos muelles iría a parar a las bodegas del *Trinity*, el barco que trasladaría la lana a Liverpool.

En itinerante singladura, el *Port Saint Richard* fue tocando

diversos puertos de las islas de la Micronesia. Y el día treinta y uno de enero, noche de San Silvestre, se aproximó a la Fosa de las Marianas[1].

Era verano en el hemisferio sur y el mar de la fosa se encontraba en absoluta calma. Aquella noche le tocaba guardia a Ralph Bellamy, segundo timonel a bordo de la motonave. Bellamy debería ser relevado a las cuatro de la madrugada por el veterano Dick Quick Richardson.

Sin embargo, poco después de las dos de la madrugada el capitán penetró en la cabina del puente y envió a Bellamy a su cama, haciéndose cargo del timón.

—No tengo ganas de dormir, Ralph —le dijo— En cambio tú te caes de sueño. Vea descansar. Avisaré a Richardson.

Ralph Bellamy declaró más tarde ante las autoridades marítimas que en ningún momento había notado alteración alguna en el capitán Balsam, No, tampoco vio la botella de «101 Banders» que Balsam ocultaba en un bolsillo de su holgado chaquetón azul marino.

A aquella hora —dos quince de la madrugada—, solo dos personas velaban a bordo. Una era el capitán Balsam, que bebía directamente de la botella en su puesto de timonel, mientras los recuerdos de tantas frustraciones acudían como fantasmas a su mente. La otra persona era Ted Hibber, el operador de radio.

Hibber declaró que a esa hora permaneció amodorrado sobre la estrecha bancada de su radio-transmisor, pero seguro que tenía el oído tan sensible que bastaba el leve zumbido del radio-aviso para despertarse en el acto.

Al amanecer, el capitán Balsam permanecía erguido detrás del timón, aunque probablemente no era muy consciente de lo que le rodeaba, pues debió hacer sonar la sirena de aviso, puesto que la Fosa de las Marianas permanecía a esa hora cubierta por un banco de niebla matinal.

A bordo del *Port Saint Richard* nadie supo muy bien lo que ocurrió aquella mañana. De repente todos despertaron sobresaltados al escuchar el espantoso crujido —el casco de la motonave acababa de abrirse por la mitad, a la altura del puente— y al segundo siguiente alguien estaba tocando la campana y haciendo sonar el lastimoso *hoogah-hoogah* de la sirena de alarma, mientras el mar

penetraba a borbotones por la brecha y los tripulantes chillaban como diablos y se esforzaban en alcanzar la cubierta.

Algunas semanas después se lanzaron graves acusaciones contra el capitán Christopher Balsam. Se dijo que, alteradas sus facultades mentales, no había dudado en lanzar su motonave contra la aguzada proa del crucero *USS Flannaham*, con lo cual —aparte de suicidarse— intentó arrastrar a la muerte a los diecinueve hombres de la tripulación. Pero esto no era verdad.

Los diecinueve hombres que habían partido de Sídney a bordo del Port Saint Richard se salvaron todos gracias al capitán Balsam, que se apresuró a botar las lanchas de salvamento. Si Balsam no hubiera hecho tal cosa todos se habrían ahogado, pues la motonave se hundió en el plazo de tres minutos.

Lo cierto es que Christopher Balsam se encontraba tan borracho en el puesto del timonel que no fue capaz de reaccionar cuando la niebla se abrió de improviso y ante sus asombrados ojos surgió la enorme silueta —proa avante— del crucero *USS Flannaham*.

La amargura y el exceso del alcohol le impidieron maniobrar a tiempo y la proa del buque de guerra abrió prácticamente en dos el casco del Port Saint Richard.

Balsam pudo haberse salvado. Tuvo para ello tanto tiempo como los hombres de su tripulación. Pero mientras estos trataban de esquivar la mole del barco de guerra en los botes de salvamento, el capitán Christopher Balsam se dejó hundir en la popa de su barco, mientras sus últimos pensamientos se dirigían a aquella confortable y entrañable casita a la que solía llamar «bastión» de Cordigan.

CAPÍTULO II

La escena había sido borrascosa.

Tras regresar de la fiesta del Pavillion, Deby había comenzado a arrojar sapos por la boca.

—Yo soy una actriz consagrada, tú eres una mierda con uniforme —habían sido las primeras palabras de Deby Birdmore en cuanto Frank hubo cerrado tras sí la puerta de la lujosa residencia de la actriz en Berverly Hills.

El hombre era alto, ancho, grande, aunque proporcionado. Y joven.

—¿Qué has dicho? —se volvió Frank Pomeroy de un respingo. (Estaba desprendiéndose del gabán, bajo el cual lucía el uniforme de teniente de navío, un capricho más de la propietaria de aquella casa, cuyo valor superaba los dos millones de dólares.)

Deby lanzaba rayos encendidos a través de sus ojos verdosos. El maquillaje, excesivamente espeso, se le había estropeado.

—Estuviste toda la noche coqueteando con Liza Brunnett. ¿Crees que soy una estúpida, cadete? Te la comías con los ojos. Y ella se apretaba lascivamente contra ti. Todos se dieron cuenta. Me has puesto en ridículo. No pienso permitirlo una vez más. ¡Vete! —chilló la mujer.

Frank volvió a ponerse su gabán de uniforme y se dirigió a la puerta. No hizo ningún comentario.

Le sorprendió, sí, el chillido que escuchó a su espalda. Ella acababa de lanzarse sobre él como una leona rabiosa y trataba de retenerle. Pero él se limitó a mirarla.

—¡Quiero que te marches, sí, pero no antes de que hayas escuchado todo lo que pienso decirte!

—Está bien, Deby. Me quedaré un rato. Pareces muy nerviosa.

—¡No estoy nerviosa! —protestó ella, desgarradamente.

—De acuerdo —Frank se expresaba con voz suave—. ¡Voy a servir dos whiskies! Nos vendrán muy bien.

Ella frunció los labios en un rictus amargo. Era el exceso de champán. Frank sabía por experiencia que Deby tenía mal el

estómago. En cuanto bebía dos copas se le agriaba y aquella noche *madame* había abusado de las bebidas alcohólicas.

Deby se había derrumbado sobre el diván del vestíbulo. Frank la tomó suavemente por un brazo y con gran delicadeza la ayudó a incorporarse. El carísimo abrigo de zorro plateado quedó arrugado en el suelo.

—Traslađémonos al salón. Cogerás frío aquí, Deby —dijo.

Ella se irguió de improviso y le rodeó el cuello con los brazos. Torpemente, besó al hombre en los labios y volvió a desmadejarse, arrojándole un hálito ácido de alcohol a la cara.

—¡Frankie, mi tierno Frankie! —farfulló—. ¿No comprendes que no puedo vivir sin ti?

Y mientras, el hombre la arrastraba fácilmente hacia el salón.

—¿Por qué eres tan malo conmigo, por qué te empeñas en atormentarme, por qué gozas dándome celos con esas mujerzuelas?

La calefacción funcionaba en el espacioso salón decorado en tonos claros. Frank dejó a la actriz en un mullido diván y cruzó la estancia en dirección al bar, situado en el ángulo opuesto.

Sirvió tres cubitos de hielo en un vaso y solo uno en el otro. En el segundo vaso un dedo de whisky y mucha soda. En el suyo, solo sirvió whisky, hasta la mitad del vaso.

Deby descansaba sobre el diván.

—Te atormentas sin motivo, Deby —pronunció él con hastío—. Liza Brunnett es una amiga de mi familia desde que ambos éramos niños. No quiero darte celos. ¿Para qué? Por otra parte, tú sabes que no te amo.

No había levantado la voz, pero sus palabras fueron claramente audibles. Pero Deby Birdmore no le escuchaba: dormía su borrachera. De vez en cuando sus labios se fruncían en un rictus amargo. Su estómago se resentía del exceso de alcohol ingerido en la noche de Fin de Año.

Impaciente, Frank dirigió una lápida mirada a su alrededor En su rostro todavía joven, terso y atezado, se plasmó una expresión que podía traducirse fácilmente: «Pero ¿qué hago yo aquí?».

Deby Birdmore, la famosa estrella de los años sesenta, se agitaba en el diván de cuando en cuando. Frank fue al bar y volvió con una pastilla de antiácidos, que introdujo suavemente entre los labios

descoloridos de Deby.

Instintivamente, ella mordisqueó la pastilla y se la tragó. Luego despertó con brusquedad.

—¡Frankie! —chilló—. ¿Dónde estás?

El hombre se volvió desde el teléfono.

—Estoy llamando al doctor Hughes. Me preocupa tu estado: cualquier día sufrirás una perforación de estómago —dijo él.

—¡Deja ese teléfono! ¡No necesito para nada al doctor Hughes! ¡Ven aquí!

Frank Pomeroy apartó sus dedos del dial y colgó el auricular, sin disimular su irritación. Luego se acercó con el vaso en la mano a la mujer que reposaba sobre el diván.

—Siéntate ahí, frente a mí. Quiero mirarte —clamó Deby, con acento de posesión.

Él obedeció.

—Dime, Frankie, ¿qué hay entre tú y Liza Brunnett?

El hombre plegó los labios en un gesto de fastidio.

—Estoy cansado ya, Deby, de tus escenas de celos. Ya te he dicho que Liza es una amiga de la infancia. Su familia y la mía siempre estuvieron unidas por una estrecha amistad. Esta noche, Liza me vio y vino a saludarme. Tú estabas recibiendo alabanzas de tu grupo de corifeos, esas viejas momias del mundo del cine. Me pareció que lo más correcto era invitar a bailar a Liza. Eso fue justamente lo que hice.

Deby Birdmore se irguió bruscamente sobre un codo. Sus ojos tenían un relumbre colérico.

—Pero tú eres mío, Frankie. ¡Tú me perteneces! ¡Mírame! —exigió ella, autoritaria—. ¿Es que has dejado de amarme?

Pomeroy bebió un trago de whisky. Le repugnaba expresarse así, pero no tenía más remedio.

—Pongamos las cosas en su sitio, Deby. Yo nunca te he amado. Sentía por ti admiración y afecto, esa clase de sentimiento que se experimenta hacia los ídolos. Por eso vine aquí un día y te pedí que me firmaras tu libro de memorias. Tú fuiste muy amable conmigo. Me invitaste a almorzar y a bañarme en tu piscina. Te encaprichaste de mí. Pero yo no te amaba. Cuando te conocí, hace ya cuatro años, aún eras una mujer muy vistosa y atractiva, tú me ofreciste tu

intimidad, me mimaste. Pero, créeme, Deby, yo no te amaba.

De improviso ella se echó a llorar. Las lágrimas afloraron abundantes a sus ojos y corrieron por sus mejillas, deteriorando definitivamente el maquillaje.

—¡Frankie, oh, Frankie, eres cruel conmigo! —gimió, arrojándose a los pies del hombre—. Ahora dices que no me amas, que no me has querido nunca. Pero yo sé que eso no es cierto. ¡Solo quieres atormentarme!

Frank se sentía muy incómodo, pero esta vez no estaba dispuesto a ceder ante las lágrimas, recurso extremo que la actriz solía emplear en determinados momentos.

—No pretendo atormentarte, Deby, pero debo decirte la verdad: nunca te he amado.

En brusca mutación, Deby Birdmore dejó de llorar, se incorporó y tornó bruscamente al diván.

Sacó un pañuelito, enjugó sus ojos y dirigió a Frank Pomeroy una terrible mirada.

—En tal caso, ¿cuál ha sido tu papel en relación conmigo? —exclamó con una sonrisa hiriente—. Yo te sugeriré algunas palabras: *gigoló*, chulo, *maquereaux*, mantenido... Elige la que quieras.

—No he sido nada de eso, tú lo sabes. Hace tiempo que deseaba marcharme. Nuestra relación no tiene futuro. Pero tú me has sujetado con amenazas, con halagos, con súplicas y con lágrimas —respondió el hombre, esforzándose en mantener el control de sí mismo—. Digamos que te tuve cierto afecto y aún lo sigo manteniendo. Por desgracia, esto no puede seguir así. Tratas de mantenerme sujeto a ti por todos los medios, te empeñas en mostrarme a los demás como tu juguete preferido, como tu perrito amaestrado. No estoy dispuesto a seguir participando en el juego. Me marcharé.

—¡Vete! Podrás contar a todos que te he tratado como a un príncipe, que gracias a mí has sido aceptado en los ambientes más refinados, que te he cubierto de regalos, que...

—Nunca te pedí nada. Incluso me repugnaba aceptar tus regalos, todos los cuales guardo intactos en esta misma casa. Están a tu disposición. Incluso ese carísimo automóvil deportivo que te empeñaste en regalarme cuando cumplí treinta años. Ahora todo

vuelve a ser tuyo, Deby.

En una nueva e increíble mutación, Deby Birdmore cambió los reproches por una actitud tierna y afectuosa, suplicante.

—¿Por qué me dices todo eso, Frankie? Me haces sufrir. Yo no deseo que me devuelvas lo que te di. Solo te necesito a ti, Frankie.

—¡No me llames Frankie! Sabes que detesto ese diminutivo. Ahora... ahora dices que me quede con los regalos que me hiciste; hace un momento estabas echándomelo en cara. Verdaderamente, tu conducta es más propia de una niña que de una mujer madura.

—¿Quieres decir que soy una vieja?

Indudablemente, Frank Pomeroy acababa de poner el dedo en la llaga. Durante los últimos años la famosa actriz se había venido esforzando en aparentar cuarenta años de edad, cuando en realidad había cumplido cincuenta y ocho.

—No he dicho vieja, he dicho madura. Creo que tu error es no aceptar que los años pasan y que ya no eres la jovencita que yo vi y admiré tanto en aquellas películas con Kirk Douglas, con Rock Hudson, incluso con Marlon Brando... Ellos tienen ya sesenta años, pero continúan interpretando películas, aunque no en sus clásicos papeles de galanes. Tus compañeros de los años cincuenta y sesenta han sabido asumir su edad actual, sus posibilidades. En cambio tú, Deby, sigues empeñada en hacerte pasar por una jovencita. Tienes mucho dinero, lo sé, pero hace ya diez años que los productores y directores cinematográficos no te ofrecen un papel.

—¡Estúpido! Soy yo la que se ha apartado del mundo del cine. Si quisiera volver, los productores acudirían arrastrándose hasta mí.

—No desvaríes, Deby. La gente se ha olvidado de ti. Tu nombre solo suena en los oídos de los viejos aficionados y de aquellos que visitan las filmotecas. La mayoría de tus películas se han pasado ya por la televisión. En cuanto a tus oportunidades de volver al cine, las tuviste, ciertamente. Pero tú exigías interpretar papeles propios de estrella jovencita... y tu físico no era ya el de una mujer joven. Los directores y los productores terminaron por cansarse de tus exigencias y te ignoraron.

—¿Ahora me dices eso, soldadito? —se burló la actriz, brillantes los ojos de despecho—. Recuerda aquella primera noche, cuando te invité a penetrar en mi alcoba. Yo estaba desnuda, sentada en el

borde de la cama... ¡y tú te volviste loco por mí! ¿Puedes negar eso, acaso? Estabas enfebrecido, apasionado, ansioso... Y me amaste hasta quedar exhausto. Murmurabas sobre mi pecho locas palabras de amor, susurrabas promesa a mi oído. ¿Acaso he soñado todo eso?

Frank movió la cabeza con tristeza.

—Yo era muy joven entonces. Para mí, habías sido un ídolo, el ídolo de mis años de adolescente, cuya imagen figuraba por todas partes, multiplicada, en mi cuarto de soltero. Aquella noche yo creí tener entre mis brazos a la joven estrella, a la famosa Deby Birdmore, protagonista de tantas películas. Probablemente me mostré muy apasionado y frenético. Pero yo aquella noche no te amé a ti, Deby. Yo amé a una quimera, a un sueño, a alguien que ya no existía.

—¡Mientes, rufián! —se encrespó *madame*—. Mientes para humillarme.

Tomó bruscamente el vaso de whisky con soda que Frank había dejado en una mesita, bebió hasta vaciarlo y fue al bar, de donde regresó con el vaso lleno de whisky y cubitos de hielo.

Volvió a beber impetuosamente y dejó el vaso sobre la moqueta color tabaco. Luego alzó furiosamente la mirada hacia el hombre.

—Eres un ser retorcido e ingrato, teniente Pomeroy —acusó—. De forma soterrada no haces otra cosa que continuas alusiones a mi edad. Me refriegas tu juventud por la cara, como si ello fuera tu máximo valor.

—Te equivocas —respondió el hombre—. A cada uno de nosotros le llega el turno de gozar de su juventud. Yo soy joven aún, es cierto, pero pronto dejaré de serlo. Y no por ello pienso amargarme durante mi madurez. Desde mi punto de vista, ese es tu mayor error, Deby: no has sabido asumir tu madurez. En cuanto a tu relación conmigo, ni siquiera abrigo la esperanza de que me hayas querido alguna vez. Tengo la fundada sospecha de que para ti solo he sido un capricho, un capricho más.

—¡Cierto! —exclamó ella, triunfal—. Deby Birdmore puede permitirse todos los caprichos, aunque sean caros como tú.

—¿Caro? Yo jamás te pedí nada, Deby. Era tú la que se empeñaba locamente en hacerme exagerados regalos, de los que, a excepción del coche, jamás hice uso. ¿No has comprendido que yo

no quise aprovecharme de ti? Deberías reparar en que todo lo que me regalaste se encuentra en esta casa y nunca ha dejado de ser tuyo: el coche, la motora, los caballos... Todo vuelve a ser tuyo.

Deby se incorporó bruscamente. El maquillaje se le había corrido por completo, tenía una pestaña postiza medio desprendida y la peluca rubia se le había corrido hacia atrás dejando entrever sus cabellos grises y escasos. En aquella situación, Deby Birdmore aparentaba su edad real: casi sesenta años.

—Entonces, ¿estás dispuesto a dejarme? —farfulló airada, al tiempo que pasaba de un extremo a otro del salón. Se volvió dramáticamente y señaló a Pomeroy con un dedo extendido—: ¡Piénsalo, Frank! Si te alejas de mí, tendrás que prescindir del ambiente refinado en que yo he sabido introducirte. Si te vas, las personas que te han rodeado hasta ahora te darán de lado inmediatamente. No volverás a asistir a saraos y fastuosas recepciones como las de esta noche...

Pomeroy encendió un cigarrillo.

—Verdaderamente, puedo prescindir de todo eso. Y lo haré con gusto. Te lo confieso, nunca me divertí demasiado entre esos personajes huecos y endiosados. En los ambientes que tanto alabas todo es artificioso y banal.

—¿Cómo yo, quizá? —bramó *madame*.

—¿Por qué siempre pretendes convertirte en el eje de todo cuanto digo? En el fondo no eres más que una mujer solitaria, necesitada de afecto. Debiste volver a casarte, retirarte definitivamente del cine, convertida en una esposa de verdad, en una feliz y vulgar ama de casa.

—¿Yo ama de casa? Yo, la actriz adorada por todo el mundo... ¡Estás loco, verdaderamente loco, Frank Pomeroy! Veo que pocas cosas tenemos en común. Lo mejor es que te vayas.

—Sí, me iré —asintió Frank, depositando su vaso en la mesita de jade.

Se alzó en toda su estatura, estiró los bordes de su chaqueta de uniforme y caminó despacio hasta el vestíbulo. Deby le dirigió una dramática mirada.

En ese momento se oyó el zumbido del teléfono. Caminando con torpeza, la mujer llegó a la mesita donde estaba el aparato, alzó el

auricular y escuchó durante unos segundos.

—Es para ti, Frank.

Pomeroy tomó el auricular, escuchó y murmuró un rápido:

—Sí, soy yo. Te oigo perfectamente.

Sus músculos faciales se movieron a medida que escuchaba. Asintió varias veces con el gesto y antes de colgar dijo:

—Sí, voy para allá inmediatamente, Allan.

Deby permanecía a tres pasos de distancia, contemplándole con una expresión incierta y anhelante.

—¿Qué? —musitó, expectante.

—Me llaman de la oficina del SNS. Tengo que marcharme.

—Es tarde. Llévate el «Porsche». A esta hora no encontrarías ningún taxi.

Pero él denegó con un movimiento enérgico de la cabeza.

—No, Deby. No me llevaré tu coche. Por otra parte, desde el SNS me envían un coche del servicio.

Avanzó dos pasos, tomó suavemente a la mujer por los hombros y la besó en ambas mejillas.

—Buenas noches, Deby. Deberías descansar. Mañana te sentirás mejor.

Decididamente, el hombre caminó hacia el vestíbulo. Pero le siguió a la carrera, desesperadamente. Y le alcanzó cuando él se ponía el gabán.

—¿Volverás, Frank? —murmuró ella, suplicante.

El hombre la miró fijamente. La triste imagen de la mujer le movía a compasión, pero aquella vez Frank Pomeroy había tomado una decisión definitiva.

—No, Deby, no volveré. Será mejor para los dos. Lo nuestro ha ido demasiado lejos. Sé fuerte. Dentro de poco te habrás recobrado.

Súbitamente, las facciones de la mujer se tensaron hasta convertirse en una máscara diabólica.

Luego de sus labios brotaron como un torrente de aguas sucias terribles insultos y maldiciones obscenas.

Escandalizado, Frank Pomeroy abrió la puerta y escapó. Cuando dejó atrás la residencia de Deby Birdmore, un profundo suspiro brotó de entre sus labios.

Por fin, tras cuatro años de turbulenta relación con la actriz, Frank

Pomeroy se sentía liberado.

CAPÍTULO III

Una cafetera borboteaba ruidosamente en el despacho del oficial de guardia en la Sede de los Servicios Especiales de la Armada (SNS), ubicada en las inmediaciones de la extensa ciudad de Los Ángeles (California).

Frank Pomeroy acababa de saludar al teniente Allan Haydok.

—¿Qué es eso que me contaste por teléfono, Allan? Cuando empezaste a hablar imaginé que estabas un poco borracho. Sin embargo, tienes un aspecto de lo más normal.

Haydok sonrió.

—Todo lo normal que puede sentirse un hombre de treinta y tres años que se ha visto obligado a permanecer en esta oficina durante dieciocho horas seguidas. Y precisamente en la noche de fin de año, cuando todos los demás os divertíais a placer —respondió.

Frank compuso un gesto escéptico. Él no se había divertido lo más mínimo, sino todo lo contrario.

Allan puso dos tazas de café sobre la mesa y ambos comenzaron a beber el negro y ardiente brebaje sin añadirle azúcar.

—El informe llegó desde Koror, capital de las islas Palaos, en el archipiélago de las Marianas, a las tres y cinco de esta madrugada. Inmediatamente, llamé al contraalmirante Kyne. El viejo respondió: «Busque a Frank Pomeroy y encárguele del asunto». Y eso es lo que he hecho —explicó el oficial de guardia, entre sorbo y sorbo de café y chupadas a su cigarrillo. Un cenicero de plástico estaba lleno a rebosar de colillas.

—Koror, en Palaos, Marianas —pronunció Pomeroy—. ¿Qué es lo que ha ocurrido allí para que hayas tenido que llamarme a estas horas de la madrugada, Allan?

—Un crucero norteamericano de la serie Hood embistió y hundió en pocos minutos a la motonave *Port Saint Richard*, con matrícula

de Sídney. La tripulación se puso a salvo en los botes, pero el capitán de la nave, Christopher Balsam, se hundió con su barco, prácticamente partido por la mitad.

Pomeroy cogió un cigarrillo del paquete del teniente Haydok. Mientras lo encendía, imaginó a Deby Birdmore bebiendo salvajemente en su salón, despotricando palabrotas, destrozada y hundida.

Se encogió de hombros como diciendo: «Todo eso terminó. Debo olvidarlo».

Expelió una bocanada de humo y miró al joven de rostro atezado y cabellos negros y rebeldes que se sentaba al otro lado de la mesa.

—Así que fue uno de nuestros cruceros de la serie... Pero, oye, Allan, nosotros no tenemos en servicio los viejos cruceros de la serie Hood —observó, desconcertado.

—En efecto, todos nuestros buques Hood fueron desguazados ya. O hundidos durante la Segunda Guerra Mundial. No queda ninguno en servicio. Ahora tenemos los supercruceros de la serie Garrett.

—Entonces...

—Los náufragos del *Port Saint Richard* y los oficiales y tripulantes del carguero *Mackong II*, de bandera filipina, que acudieron al salvamento, aseguran que el barco que embistió a la motonave australiana era un crucero Hood. Incluso pudieron ver su nombre en el costado de babor: era el *USS Flannaham,* crucero de cuarenta y dos mil toneladas de desplazamiento...

—Pero tú mismo acabas de decir que todos los cruceros de la serie Hood fueron hundidos o están fuera de servicio —exclamó Pomeroy.

Hubo un destello en los ojos castaños de Allan Haydok.

—A eso iba. Y sujétate bien, pues vas a saber algo que te provocará dolores de cabeza. Yo ya tengo una buena jaqueca —advirtió el oficial de guardia—. Después de llamar al viejo, consulté el registro de buques de la armada.

—¿Y...?

—El crucero *USS Flannaham* fue hundido por la flota japonesa el día 11 de julio de 1943, a las 0.06 de la mañana. El crucero norteamericano sufría una grave avería en máquinas y se dirigía desde Palaos a Sídney, donde sería reparado. Por desgracia, tuvo un

encuentro al amanecer con un convoy japonés, compuesto por el destructor *Umayu* y cuatro cañoneras de escolta. El *USS Flannaham* logró hundir a dos de las cañoneras, pero el destructor japonés le hirió de muerte a popa, justo en el momento en que un golpe de mar golpeaba de costado al crucero norteamericano. El buque giró y quedó con la quilla arriba. Se hundió lentamente, media hora después. Con él se fueron al fondo del mar sus trescientos ochenta tripulantes.

El teniente Pomeroy aplastó su cigarrillo en el rebosante cenicero y volvió a encender otro inmediatamente.

—¿Estás seguro? —murmuró, estupefacto.

—Tú mismo puedes consultar el registro. Aquí lo tienes —respondió Haydok, poniendo al alcance de su mano un grueso volumen.

No, no se había equivocado el joven oficial de guardia del SNS. Según los datos del registro, el *USS Flannaham* había sido hundido por los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, justamente a la altura de la Fosa de las Marianas, donde la profundidad del mar alcanzaba los 9.363 metros.

Antes de ser hundido, el *USS Flannaham* estaba al mando del veterano capitán de navío Ernest W. Kaplan, un verdadero héroe de la Segunda Guerra Mundial, entre cuyas victorias navales se contaban los hundimientos de varios submarinos japoneses.

Kaplan había hallado, finalmente, un final adecuado a un verdadero «tigre del mar», como llegó a llamársele. En unión de los casi cuatrocientos hombres de su tripulación, el capitán de navío Kaplan había encontrado su sepultura en uno de los más profundos abismos marinos: la Fosa de las Marianas, en la Micronesia.

Pomeroy se sentía profundamente desconcertado. Puso su taza sobre la mesa y Haydok se apresuró a llenársela.

—Debe haber algún error —murmuró Frank, como si expresara sus pensamientos en voz alta, al tiempo que hacía girar el cigarrillo entre sus dedos.

—¿A qué te refieres?

—Pero, ¿no lo comprendes, Allan? —se excitó el segundo jefe del SNS—. El crucero *USS Flannaham* fue a hundirse a casi diez mil metros de profundidad. ¡Un buque de cuarenta y dos mil

toneladas no puede volver a la superficie desde ese abismo!

—Se han dado otros casos, Frank. Buques que han emergido a la superficie años después de hundirse. Ya sabes: las corrientes submarinas o el hecho de que dentro del buque hundido se generen gases por descomposición de la carga o los cadáveres. Eso ha ocurrido varias veces.

—Pero no en la Fosa de las Marianas, que yo sepa —opuso Pomeroy, tenaz—. Además, el *USS Flannaham* pesaba demasiado para que un poco de gas pudiera elevarlo a la superficie. Por otra parte, las corrientes submarinas no pueden ejercer influencia alguna en el fondo de la fosa. Está comprobado.

—Quizá tengas razón, pero el hecho cierto es que ese crucero ha vuelto a la superficie y ha embestido y hundido a una motonave australiana. La U.S. Navy tendrá que cargar con las consecuencias —observó el teniente Haydok.

Pomeroy estudió el rostro de su camarada con interés.

—¿Dices que el contraalmirante Kyne está al tanto del problema? —inquirió—. Quiero decir ¿el viejo sabe que se trata del *USS Flannaham*, hundido en 1943?

—Yo le di la información recibida de la base de nuestra flota en Koror. Pero me temo que el viejo no se enteró muy bien. Llegaban música y gritos festivos a través del teléfono. Imagino que el viejo lo estaba pasando en grande en alguna fiesta y no se preocupó mucho del asunto. Se sacudió el problema de encima encargándome que te buscase y te hiciese cargo del incidente. Me pidió que le llamase hacia las nueve de la mañana, para informarse de los nuevos datos que fueran llegando al SNS.

Frank silbó quedamente y tabaleó con los dedos sobre la mesa del oficial de guardia.

—¡Vaya una papeleta! —bufó—. Y precisamente el día de Año Nuevo.

Haydok sonrió.

—Yo me lavo las manos —exclamó—. Mi servicio termina a las nueve de la mañana. Lo siento, Frank, pero prometí a mi esposa y mis hijos dedicarles el primer día del año. Tendrás que arreglártelas por tu cuenta. Por otra parte, el hombre que me relevará es el capitán de corbeta Phil Breeman. Ya conoces a Breeman: es un tipo adusto y

poco simpático que llama a todo el mundo de usted y exige el mismo tratamiento, pero es un verdadero experto en ese tipo de conflictos. Te ayudará.

Pomeroy no le prestaba mucha atención. Estaba meditando. De pronto, sus facciones se animaron.

—Dices que el informe proviene de nuestra base de Koror. ¿Quién es el jefe allí? —interrogó a Haydok.

Allan consultó la pila de documentos que tenía sobre su mesa. Seleccionó uno y dijo:

—Capitán de navío Douglas Hastings. ¿Le conoces?

—¡Hastings! Fue mi profesor en la escuela naval. Un tipo formidable. Le encantan los deportes peligrosos, las fiestas y... las mujeres.

Súbitamente se puso en pie y dijo a Haydok:

—Vamos a la sala de radio. Quiero hacer algunas comprobaciones.

Volvieron media hora después, con nueva información.

Desde la base de Koror, el oficial de servicio había corroborado la identificación del buque que había hundido al *Port Saint Richard*. Indudablemente, se trataba de un crucero de la serie Hood y su nombre y las siglas y números de identificación se veían claramente sobre sus costados. Era el *027 USS Flannaham*.

El oficial de servicio no había querido despertar al jefe de la base aeronaval de Koror, pues allí eran en ese momento las dos de la madrugada —el reloj de Pomeroy marcaba las cinco y media, hora de la costa—, pero había informado a la oficina del SNS en California que dos remolcadores de la armada norteamericana habían partido de la base naval en busca del *USS Flannaham*, que pensaban remolcar hasta la isla de Konor.

El oficial de servicio de Konor manifestó a Frank Pomeroy que, probablemente, el capitán de navío Douglas Hastings se pondría en comunicación con el SNS de Los Ángeles hacia las doce del mediodía.

Frank fumó aún un par de cigarrillos en compañía de Allan Haydok.

—No puedo tomar ninguna decisión respecto a este asunto hasta consultar con el jefe Kyne. Por tanto, voy a echarme un rato.

Despiértame a las nueve, poco antes de que el capitán Breeman te releve. ¿De acuerdo, Allan?

—Muy bien, jefe —respondió el oficial de servicio—. Puede confiar en mí. Feliz descanso.

Frank se despidió de él y penetró en su propio despacho. En una habitación anexa había una cama.

Se desnudó apresuradamente y se dejó caer, fatigado, en el lecho.

No concilió el sueño inmediatamente. Pensó en Deby Birdmore y en los años que había pasado a su lado debatiéndose en un torbellino de celos, histerias y discusiones tempestuosas.

—Fue un desatino por mi parte. Ahora me siento mejor —murmuró.

Y finalmente se durmió...

CAPÍTULO IV

El viejo se había limitado a gruñir:

—Vaya y arréglelo, Frank. Yo respaldo personalmente cuanto haga en nombre del SNS.

Pomeroy encargó al oficial de guardia, Breeman, que le consiguiese transporte aéreo hasta Hawaii. Y añadió:

—Probablemente llamarán desde la base aeronaval de Koror. Informe al capitán de navío Hastings que pienso trasladarme hoy mismo a Palaos para llevar a cabo personalmente la investigación relacionada con el caso del *USS Flannaham*. Son órdenes directas del jefe del servicio, contraalmirante Kyne.

—Perfectamente, teniente Pomeroy. Confíe en mí, yo me ocuparé de todo —respondió Breeman con su acostumbrada severidad y estudiada lejanía—. También me encargaré de gestionarle su viaje a Koror. Lo más probable es que la armada ponga a su disposición uno de sus aviones más rápidos.

—En tal caso, voy a casa para recoger algunas cosas. Estaré de vuelta tan pronto como me sea posible —declaró Pomeroy.

Un coche de servicio le trasladó hasta su casa de Santa Anita. Durante el trayecto, Frank se sentía ligeramente aliviado.

Un viaje le sentaría bien, le ayudaría a sentirse menos atormentado por haber roto con Deby Birdmore. En lo más profundo, no se sentía culpable. La verdad era que su relación con la actriz había constituido una amarga experiencia y una patente equivocación, que ella había sabido alargar con estudiados halagos y estratagemas.

El coche se detuvo en una de las tranquilas calles de la zona residencial de Santa Anita. El acogedor hogar de los Pomeroy estaba desierto y silencioso: sus padres se habían trasladado a Inglaterra para pasar las Navidades con unos familiares y la hermana de Frank, Beryl, de diecinueve años, había aprovechado igualmente las fiestas navideñas para hacer un viaje de estudios a la distante China.

En su casa, Frank abrió un ropero y seleccionó alguna ropa veraniega que introdujo en dos maletas muy ligeras. De la caja

familiar —un disimulado agujero sobre la chimenea del salón— tomó mil doscientos dólares.

Poco después se ponía bajo el chorro tibio de la ducha, mientras tarareaba algo entre dientes. Mientras se afeitaba ante el espejo del lavabo, sonrió, recordando la escueta orden del viejo contraalmirante Kyne: «Vaya y arréglelo, Kyne». Así de fácil.

En realidad, Frank se sentía muy satisfecho de haber sido designado para una misión de tal envergadura. Hasta entonces, y como ayudante de Kyne en el SNS, había colaborado activamente con el contralmirante, pero este jamás le había confiado en solitario algo semejante.

—Imagino que todo se lo debo a las copas de más que Kyne debió tomar en la fiesta de fin de año. ¡El viejo debe sentirse muy mal para delegar absolutamente en mí!

Terminó de acicalarse y enchufó la cafetera. Mientras tomaba un bocado, consultó una enciclopedia. Jamás había visitado la Micronesia ni, por supuesto, conocía la base aeronaval de Koror.

Koror formaba parte de las islas Palaos y estas a su vez del archipiélago de las Marianas, un verdadero dédalo de pequeñas islas e islotes de pequeñas dimensiones, de origen volcánico y coralígeno en su totalidad. Las Palaos, como muchas otras islas del archipiélago, eran administradas por Estados Unidos, en función de fideicomiso, desde poco después de la Segunda Guerra Mundial.

Aquellas lejanas islas rodeaban la famosa Fosa de las Marianas, en cuyo epicentro había sido hundido treinta y nueve años atrás el *USS Flannaham* por un destructor japonés.

—¡Vaya un capricho! —murmuró Pomeroy divertido, mientras bebía una taza de café negro—. Un crucero norteamericano que decide emerger de las profundidades al cabo de cuarenta años y que, por sí solo, decide echar a pique un barco australiano. Ya veremos cómo podemos arreglar este jaleo.

Mientras terminaba de desayunar —tardío desayuno—, conectó el televisor y lo graduó en el canal de la NBC que ofrecía boletines de noticias durante las veinticuatro horas del día. Vio y escuchó un resumen de todo lo que había ocurrido en el mundo desde las nueve de la mañana del día anterior, pero no halló mención alguna del incidente ocurrido el 31 de diciembre en la Fosa de las Marianas.

«Es pronto aún. Hoy es fiesta y las Marianas quedan demasiado alejadas de este país», pensó.

Llevó a la cocina la vajilla que había utilizado un momento antes, apagó el televisor, recogió sus maletas y salió.

A las once y media estaba de regreso en la sede de los Servicios Especiales de la Armada.

El oficial Breeman le informó que no se había producido ningún comunicado desde la base aeronaval de Koror.

—En cuanto al asunto de su traslado, está arreglado, teniente: un DC-7 de la armada le aguarda en la base de Fort Laurel —añadió.

Pomeroy le dio las gracias y se retiró a su despacho, en la jefatura del SNS.

Hizo una llamada telefónica a Dover (Inglaterra), para advertir a sus padres que estaría lejos de California por un tiempo impredecible. Normalmente no solía hacer llamadas de larga distancia desde el SNS para usos personales, pero se le había olvidado avisar a sus padres y ya no disponía de tiempo para volver a casa.

Distrajo el tiempo ordenando algunos documentos de su oficina. Estaba haciéndolo cuando llegó un ordenanza para avisarle que acababa de producirse comunicación por radio con la base aeronaval de Koror.

La voz que pudo escuchar Pomeroy era la del jefe de la base, capitán de navío Douglas Hastings.

—Feliz Año Nuevo —fueron las primeras palabras que pronunció Frank, tras escuchar la voz de Hastings—. Habla el teniente de navío Frank Pomeroy, del SNS de California.

—¡Frank, eres Tú! —se oyó la voz jubilosa de Hastings—. Entonces, ¿es cierto que el contraalmirante Kyne te envía aquí para investigar y solucionar el asunto del *USS Flannaham*? Acabo de hablar con el oficial de servicio Breeman y afirmó que...

—En efecto, Doug, y celebro que tú estés ahí. ¿Qué hay con todo ese jaleo del crucero fantasma?

—Todo un maldito embrollo. He tenido que pedir disculpas a las autoridades navales australianas por el hundimiento del *Port Saint Richard*. Por el momento, no hay ninguna novedad. Acabo de recibir un radiograma desde los remolcadores que buscan al *USS*

Flannaham para traerlo a Koror. Aún no lo han encontrado.

—Es extraño, ¿no te parece? —comentó Pomeroy—. Los remolcadores han tenido tiempo suficiente de llegar al lugar exacto donde nuestro resucitado crucero abordó al *Port Saint Richard*, ¿no crees?

—Por supuesto. Pero aquí es muy temprano aún, apenas las nueve de la mañana. En esta época, suelen formarse bancos de niebla sobre la superficie del mar, por la mañana. En estas condiciones, es lógico que nuestros remolcadores no hayan avistado todavía al buque que buscamos. En cuanto al sol caliente, la niebla ascenderá y el mar se verá despejado. Si para cuando aquí sea mediodía no han encontrado aún al *USS Flannaham*, enviaré dos de nuestros aviones a rastrear la zona.

—*Okay*, Doug. ¿Sabes? Estoy deseando darte un abrazo.

—Aquí serás bien recibido, Frank. Koror es una isla muy pequeña y la población apenas alcanza los seiscientos habitantes, incluida la guarnición militar. A veces nos aburrimos. Tu presencia me servirá de distracción. ¿Cuándo piensas venir?

—El avión me está esperando en las pistas de Fort Laurel, de modo que antes de una hora estaré en el aire. Supongo que tendremos que hacer escala en Hawaii para repostar combustible. Pero con la diferencia horaria, espero estar en Koror antes de que anochezca.

—Perfectamente. Buen viaje, Frank. ¡Y feliz Año Nuevo!

—Feliz Año Nuevo —repitió Pomeroy como un eco.

Abandonó la sala de radio y se reunió con Breeman, al que dio un mensaje para el contraalmirante Kyne.

Tras despedirse de Breeman, tomó sus maletas y descendió al garaje. El conductor tomó las maletas y las depositó en el maletero, mientras el teniente Pomeroy subía al automóvil.

A las 12.45 el coche se detenía en la entrada de Fort Laurel y Frank mostraba su documentación al centinela, tras lo cual se abrió la verja y el coche rodó despacio hasta los edificios próximos a las pistas.

Un oficial de guardia llamado Devenan saludó a Pomeroy, llamó por teléfono y colgó.

—Acaban de poner en marcha los reactores y los tripulantes se

dirigen ya a su avión. ¿Una copa de brandy, teniente Pomeroy? Aliviemos el hecho de estar de servicio brindando por el Año Nuevo.

Frank aceptó, encantado.

Mientras el oficial sacaba una botella de brandy de un mueble archivador, Frank dirigió una mirada a las pistas.

Aún no había olvidado a Deby Birdmore, pero se sentía mucho mejor. Cuando uno se siente atormentado, ¿qué mejor remedio que la acción?

Mientras paladeaba su brandy en la fría mañana de enero, el conductor del SNS traspasó las maletas de Pomeroy a un soldado, que las acomodó en un *jeep*.

Enseguida, Frank estrechó la mano del amable Devenan y subió al vehículo. Poco a poco, el poderoso DC-7 fue visible al extremo de la pista.

«La armada sabe hacer las cosas —pensó Frank, mientras el *jeep* corría a buena velocidad hacia el avión—. Aunque parezca un derroche movilizar a tantas personas para trasladar a Koror a un solo hombre».

Al pie de la escalera le esperaba el oficial de transmisiones Sutil, que dio la bienvenida a Pomeroy y, en un gesto amistoso, tomó sus maletas y le precedió hasta arriba.

Un momento después, saludaba al resto de la tripulación: el comandante Carroll, el copiloto teniente Tuscket, el ingeniero de vuelo teniente Wing y el encargado de las radiotransmisiones, un jovial sargento Cortini.

Ninguno de ellos demostraba irritación alguna por estar de servicio en una fiesta tan destacada. Por el contrario, entre ellos reinaba la jovialidad y la camaradería.

—Vamos allá —dijo Carroll.

Y los reactores rugieron y el avión comenzó a deslizarse vertiginosamente por la pista.

Cinco minutos después en el aire. El DC-7 evolucionó, majestuoso, y puso proa hacia el sudoeste.

—Puede elegir a bordo la actividad que desee, teniente Pomeroy —dijo el comandante de la nave—. Si está cansado, puede echarse en una de las literas situadas a popa. Hay un montón de revistas en el

saloncito y también disponemos de un gran televisor en el que podemos pasar dos docenas de películas grabadas en video. También llevamos unas latas de cerveza y una buena provisión de víveres. Nosotros hemos organizado un pequeño banquete para el momento en que hayamos alcanzado la altura de crucero. Le invitamos de todo corazón.

—¿Cuál es el plan de vuelo? —quiso saber Pomeroy.

—Escala en Oahu, para repostar. Según el informe meteorológico que Cortini acaba de recibir, tendremos el viento de cola durante un largo trayecto, lo que nos permitirá viajar más rápido. Es posible que a las 15.00 hora de Hawaii, estemos descendiendo sobre la isla de Oahu. No creo que repostar y la revisión mecánica nos lleve más de media hora. Con esto, calculo que podremos llegar a Koror entre las seis y media y las siete de la tarde.

—En tal caso, prefiero quedarme con ustedes en la carlinga, de momento —respondió Pomeroy.

Sucedieron unos minutos durante los cuales todos los tripulantes permanecieron atentos a las instrucciones que los cronometradores les enviaban desde el aeropuerto internacional de Los Ángeles. Luego el DC-7 alcanzó su altura de crucero y los navegantes se relajaron.

Cortini empezó a abrir latas de conserva y de cerveza, y dispuso el improvisado ágape sobre una inverosímil mesita plegable. Brindaron por el Año Nuevo una vez más y comieron todos con gran apetito. La cordialidad les envolvía a todos.

Dos horas después, Frank se sintió somnoliento y se retiró a descansar a una de las literas.

Se le antojó que apenas había cenado los ojos, cuando alguien le zarandeó suavemente.

—Teniente Pomeroy, estamos en Hawaii —le informó el sargento Cortini.

Frank se incorporó de un salto, se alisó los cabellos con ambas manos y se asomó a una ventanilla. Acababan de aterrizar en la base aérea Kumaru, en la isla de Oahu.

Un oficial llamado Hardin subió a bordo y preguntó a Frank si deseaba estirar las piernas, mientras en la pista el DC-7 repostaba sus tanques y los mecánicos revisaban el avión.

—Encantado —respondió Pomeroy.

Y acompañó a Hardin hasta un automóvil que les estaba esperando.

A los pocos minutos se vio obligado a quitarse el gabán e incluso así se sintió sudoroso: en Oahu, la temperatura era de 28 grados centígrados.

Hardin le llevó a la sala de oficiales, le presentó a dos jóvenes pilotos de servicio y juntos fueron a tomar café al bar.

Respiró profundamente. El ambiente había cambiado por completo. El frío se había transformado en calor y el acento californiano se trocaba en el dulce y cadencioso hawaiano.

—¿Qué hay de nuevo por el continente? —preguntó uno de los pilotos.

—Millones de continentales —respondió Frank, respondiendo a la clásica broma de las gentes de Hawaii.

Vio pasar a una linda muchacha de uniforme y los ojos se le fueron tras ella.

«¿Qué me está ocurriendo? También en mí se está produciendo un cambio drástico, al parecer», pensó, divertido.

Llegaron nuevos oficiales de servicio, a los que Pomeroy fue presentado en un ambiente distendido y jovial.

—¿Quiere probar un *hoopangui*? —preguntaron los pilotos.

Frank no sabía a qué se referían, pero aceptó la invitación de buena gana.

El joven que atendía la barra puso ante ellos un ancho y alto vaso lleno de un líquido verdoso y adornado con rodajas de frutos tropicales.

Frank probó un sorbo y quedó encantado al aspirar el aroma intenso del zumo alcohólico. El combinado estaba helado y se bebía sin sentir.

Había olvidado por completo la noción del tiempo —tres *hoopanguis* más tarde—, cuando Hardin le tocó en el brazo y le dijo:

—Todo está dispuesto, teniente Pomeroy. Su avión está listo.

Apresuradamente estrechó las manos de los pilotos y abandonó las instalaciones seguido de Hardin. Sentía profundamente abandonar a aquellos joviales muchachos, pero aún quedaban varias horas de vuelo.

Al pie del DC-7, se despidió amistosamente del teniente Hardin y subió a bordo. Se sentía ligeramente mareado cuando penetró en la carlinga. Carroll y todos los demás le dirigían burlonas miradas.

—Qué, ¿le ha gustado el *hoopangui*, teniente Pomeroy? —exclamó el sargento Cortini con una sonrisa pícara.

Sentía una dulzura física intensa, pero sus piernas se negaban a sostenerle.

—Váyase a dormir un rato. Dentro de un par de horas se sentirá como nuevo —le recomendó el comandante Carroll. Y Frank aceptó el consejo.

Cortini le despertó pocos minutos antes de que el DC-7 descendiera sobre Koror. En la base aeronaval solo existía una pista de unos tres kilómetros de longitud, pero era suficiente para las necesidades del aeropuerto.

Desde las alturas, Frank dirigió una ávida mirada al mar. Distinguió una ancha mancha circular, en donde el mar era de un azul muy oscuro: aquella debía ser la Fosa de las Marianas, desde cuyas profundidades había emergido el extemporáneo *USS Flannaham*.

CAPÍTULO V

El capitán de navío Hastings era un hombre de poco más de un metro setenta de estatura, anchísimo de hombros, tórax prominente y abdomen un tanto abultado. Poseía también una calva incipiente, unos ojos oscuros y audaces y un mentón que irradiaba energía.

Su uniforme estaba compuesto por unos cómodos mocasines negros, pantalón *beige* y una camisa de manga corta, que le permitía exhibir algo de lo que estaba sinceramente orgulloso: sus descomunales bíceps. Una corbata y las insignias de su rango en las hombreras completaban su atavío.

Sin ningún protocolo, abrazó a Pomeroy después de saludarle militarmente. Una ancha sonrisa lucía bajo su poblado y negrísimo mostacho cuando exclamó:

—¡Bienvenido a Koror, teniente Pomeroy!

—Gracias, señor —respondió Frank en voz alta. Y añadió en un susurro—: Has engordado un poco, Hércules.

El capitán Hastings lanzó al aire una poderosa carcajada. En él todo era rotundo, desde sus bíceps hasta la más simple de sus exclamaciones.

Familiarmente, tomó a Frank por un brazo y le presentó a su ayudante, el teniente Dick Warlone, y al resto de sus oficiales. Luego, seguido de este último se dirigieron a pie hacia un extremo de la pista.

Hastings no utilizaba un *jeep* ni ningún otro coche oficial, sino un viejo Ford-Vedette de los años cincuenta que había comprado por cincuenta dólares a un nativo. Él, personalmente, había reparado el viejo automóvil descapotable, que tenía ahora un aspecto muy agradable, pintada su carrocería de un alegre color violeta claro.

Subieron al coche, seguidos del teniente Warlone, que miraba insistentemente a Pomeroy con una sonrisa burlona entre los labios. Con tanta insistencia, que Frank comenzó a sentirse incómodo.

Hastings arrancó bruscamente y dejó escapar otra de sus carcajadas.

—Deja tranquilos los puños, Frank —advirtió el jefe de la base

aeronaval—. Esa sonrisa estereotipada de Dick luce perennemente desde que su madre lo parió. Si observas su cara con atención, comprobaras que el labio superior de mi ayudante es excesivamente corto, remangado, y eso le fuerza a sonreír constantemente, incluso en contra de su voluntad.

Frank miró a Warlone con fijeza. Y luego este rompió en una carcajada estruendosa.

—No haga mucho caso a nuestro jefe, teniente Pomeroy. El capitán Hastings es un burlón —se excusó Warlone.

También Frank rio de buena gana. Sin embargo, advirtió que Hastings tenía razón. Lo que en Warlone parecía una sonrisa perenne no era sino una leve malformación del labio superior. Warlone contó que aquel rictus irónico involuntario le había costado más de un arresto en la Escuela Naval, lo que provocó nuevas risas.

No obstante, cuando el coche convertible del jefe de la base llegó al edificio de la comandancia naval, los tres oficiales habían recuperado la compostura.

—¿Qué hay del *USS Flannaham*? —preguntó Pomeroy cuando estuvieron en el despacho de Hastings.

—Los hidroaviones de reconocimiento partieron hace unas dos horas. Deben estar a punto de regresar. Dentro de poco sabremos a qué atenernos —respondió Douglas Hastings—. De todas formas, es muy extraño que no se hayan comunicado con la base.

—Verdaderamente fuera de lo normal —te apoyó su ayudante—. Esperemos.

—¿Qué opinas de todo este asunto? —consultó Pomeroy a su amigo.

Hastings distendió sus labios en una sonrisa burlona.

—A mí me parece una incidencia más que ha venido a sacudir la modorra y el hastío que nos acompañan casi siempre —respondió—. En Koror hemos tomado el incidente del *USS Flannaham* como una historia maravillosa, pero posible. Comprenderías mejor nuestros sentimientos si llevaras viviendo aquí varios años, como nosotros.

—Explícate —demandó Frank, confuso.

—Verá, teniente —se apresuró a responder Dick Warlone—. Los micronesios son gente sencilla, que cree en las cosas más fantásticas como si fueran el credo. Por todas las islas corren de boca en boca,

de generación en generación, historias alucinantes, leyendas y rumores que a cualquier occidental parecerían descabelladas. Los isleños tienen una solución muy fácil para explicar la reaparición del crucero norteamericano, después de permanecer sepultado durante cuarenta años a casi diez mil metros de la superficie.

—¿Cuál es esa explicación?

—Dicen que el *USS Flannaham* fue rescatado de las profundidades por los hombres peces.

—¡Los hombres-peces! —exclamó Pomeroy, asombrado.

—Entre sus leyendas y creencias pseudorreligiosas, los micronesios reverencian a una deidad marina semejante al Poseidón griego o al Neptuno latino. Este dios se llama Rahar-Dry y reina en un suntuoso palacio de las profundidades. Rahar-Dry tiene fama de prolífico e inmortal. Las leyendas micronesias aseguran que este rey-pez posee diez mil esposas y engendra cada año cientos de miles de criaturas del sexo femenino. Los isleños han debido contemplar muchas veces a tales divinidades marinas, pues dicen que las innumerables hijas de Rahar-Dry son bellísimas, mientras que el rey-pez tiene una apariencia horrible. La más famosa de esas sirenas es la fabulosa Drali, primera hija de Rahar-Dry y princesa de las profundidades. Al parecer, la princesa Drali es una mujer tan bella, que los pescadores micronesios, cuando la ven, prefieren morir ahogados, mientras las contemplan, a ponerse a salvo nadando hacia la superficie.

—Una apasionante y maravillosa leyenda. Pero solo es eso: una leyenda —comentó el jefe de la base.

Frank encendió un cigarrillo y fumó ávidamente.

—En tal caso, los isleños piensan que el *USS Flannaham* emergió a la superficie impulsado por Rahar-Dry y sus innumerables hijitas-peces —comentó burlón.

—Sí, eso es lo que aseguran —dijo Warlone, pensativo—. Las gentes de Koror han hecho declaraciones espontáneas al efecto, sin que nadie les consultara.

—Apasionante —exclamó Pomeroy, irónico.

—Como Dick te ha dicho, los micronesios son gente sencilla e imaginativa. Supongo que toda esa historia de Rahar-Dry, Drali y los miles de hijas del rey-pez tienen su origen en la gran cantidad de

manatíes y otros sirénidos que pululan en estos mares templados. Ya sabes, Frank, que en la antigüedad, estos mamíferos marinos fueron confundidos con sirenas. En La Odisea, por ejemplo, Ulises obligó a sus marineros a taponarse los oídos para que no oyeran los insinuantes cánticos de las sirenas...

—Sin embargo, está demostrado que hasta en las más fantásticas leyendas existe un fondo de verdad —opinó Warlone, quien a pesar de su sonrisa estereotipada se expresaba con severidad—... Aún no he olvidado el hallazgo de aquel extraño cadáver en Kapiri Bay.

Pomeroy se mostró enseguida muy interesado en lo que acababa de decir el ayudante de Douglas Hastings.

—¿Qué fue lo que encontraron en Kapiri Bay? —preguntó, ávido.

Hastings dejó escapar una carcajada.

—Como verás, querido Frank, mi ayudante es un hombre apasionado por los enigmas y las historias extravagantes —explicó.

—También a mí me encanta desentrañar misterios —confesó Frank—. Aunque mucho me temo que no sea capaz de digerir fácilmente las exageradas leyendas que hablan de legiones de princesas-sirenas... Pero estoy ansioso por escuchar su historia, Dick.

Warlone se humedeció los gruesos labios.

—Fue hace dos años. Se había programado una serie de maniobras navales en estas islas y una de ellas consistía en apoyar un desembarco de marines en Kapiri Bay. Mientras las lanchas de desembarco navegaban hacia la playa, nosotros machacamos aquel desolado litoral con fuego real. Al fin, los marines desembarcaron y «tomaron» la playa. Poco después nos avisaron de que habían hallado en la playa el cadáver de una persona que estaba parcialmente devorada por los cangrejos.

—No era una persona, Dick —corrigió Hastings a su ayudante.

—Parecía una persona —replicó Warlone, enfático—. Usted no lo vio, capitán, pero yo pude observarlo minuciosamente.

—¿Y bien? —formuló Pomeroy.

—El cuerpo carecía de piel, excepto en la espalda, y le faltaban las extremidades inferiores. Entero, debía medir algo más de dos metros. Su cráneo era verdaderamente humano o humanoide, al igual que la formación de sus hombros y brazos. De las manos

faltaban casi todos los dedos, pero pude ver dos de ellos, largos y traslúcidos como tentáculos. En cuanto al pedazo de piel que quedaba en su espalda, era rugosa y de un extraño color entre marrón parduzco y verdoso.

Hastings dejó escapar una corta carcajada llena de escepticismo.

—Vamos, vamos, Dick: si encontraras el cadáver despellejado de un orangután probablemente pensarías que se trataba del cuerpo de un hombre. Estoy seguro de que se trataba de un mono o algo parecido.

—Es posible, capitán —convino Warlone—. Con la diferencia de que en Micronesia no existen monos.

Hastings no hizo ningún comentario.

Al cabo de una pausa, Pomeroy insistió:

—¿Qué hicieron con aquellos restos?

—Yo quería recoger el cadáver y traerlo a Koror para que el doctor Warren lo examinase, pero, mientras me comunicaba por radio con el capitán Hastings, los marines encendieron una hoguera alrededor de aquellos restos y los incineraron por completo.

—Pero ¿por qué?

—Para eludir su posible responsabilidad. Cabía la posibilidad de que sus disparos hubieran matado a un nativo. Después de quemado el cadáver, se empecinaron en afirmar que se trataba de un animal marino. Y ahí terminó el asunto.

Pomeroy iba a decir algo, cuando llamaron a la puerta. Hastings autorizó a entrar a la persona que llamaba: se trataba del sargento de comunicaciones Sam Draves, que entregó un radiograma al jefe de la base aeronaval.

Tras leer durante un par de minutos con atención, Hastings declaró:

—Nuestros hidroaviones de reconocimiento se han visto obligados a amarar en la bahía de Babelthuap. Al parecer, absortos en la búsqueda del *USS Flannaham*, se descuidaron y se quedaron sin combustible. No hay rastro del barco que buscamos. Nuestros pilotos han estado en continua comunicación con los dos remolcadores que recorren las aguas de la fosa sin avistar el objetivo que buscaban. ¡Es incomprensible! Nuestros pilotos han reconocido las aguas en un radio de trescientas millas. Incluso han ido a unas

quinientas millas al oeste, sin resultado alguno.

—Verdaderamente incomprensible —comentó Hastings.

Despidió al sargento Draves y se volvió a mirar a Pomeroy.

—Tú eres un experto en conflictos y misterios navales, Frank —expuso—. ¿Qué opinas de todo esto? Parece absurdo que ese crucero haya desaparecido ante nuestras propias narices.

Frank reflexionó un momento.

—Solo se me ocurre una explicación —respondió.

—¿Qué explicación? —exclamaron Hastings y Warlone al unísono.

—Que el *USS Flannaham* ha vuelto a zozobrar —dijo.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? El barco que abordó ayer al Port Saint Richard recibió un fuerte impacto a popa, que debió abrir una ancha vía de agua a la altura de la línea de navegación. Resulta muy extraño que haya surgido de la fosa, pero se me antoja más sensato imaginar que haya vuelto a hundirse por sí mismo. Y en tal caso nuestro problema estaría solucionado. Solo quedaría llegar a un entendimiento con los armadores del *Port Saint Richard*.

Dick Warlone no pudo disimular su decepción.

—Así que todo ha terminado... ¡Y yo que me había ilusionado con el proyecto de un libro sensacional que narrara esta singular historia! —exclamó, tristemente.

Hastings dejó escapar una descomunal risotada.

—¡Lástima! —exclamó, burlón—. Todos nos sentíamos interesados en este asunto —miró a Pomeroy y preguntó—: ¿Qué piensas hacer? Imagino que las gestiones con los australianos no te llevaran más de uno o dos días. Tendrás que regresar al continente...

—Ya veremos —respondió el hombre del SNS—. Mañana entraré en contacto con el contraalmirante Kyne y le pondré al tanto de la situación. Él resolverá. De todas formas, me siento tan frustrado como vosotros. Una temporada en estas islas supondría un respiro para mí.

Callaron durante unos minutos mientras fumaban sus cigarrillos. El capitán de navío Hastings se alzó de su asiento impulsivamente.

—Si has de volver pronto a nuestro país, no lo harás sin que antes te mostremos una parte de los encantos de nuestras islas. Ven. Te

llevaremos a la residencia de oficiales, donde podrás refrescarte y cambiarte de indumentaria. Te recogeré personalmente dentro de media hora. Esta noche serás nuestro invitado. Y te aseguro que no te sentirás defraudado.

CAPÍTULO VI

Frank se sentía fascinado.

Hastings y Warlone le habían llevado al Wapiri Hotel de Koror, en cuyo bien surtido bar habían tomado media docena de Martini muy secos, acompañados de pequeñas porciones de langosta con una salsa levemente picante.

Más tarde se habían retirado a la pequeña pero elegante sala de fiestas del hotel, donde les fue servida la cena. Él menú chino-micronesio le encantó: pequeñas porciones de delicados alimentos que halagaron su paladar hasta más allá de lo acostumbrado.

Ocupaban una mesa situada en una de las plataformas escalonadas y protegidas con preciosas balaustradas talladas en madera. Desde allá arriba se ofrecía una amplia vista panorámica de todo el local. La clientela del Hotel Wapiri estaba compuesta en su mayor parte por oficiales y soldados de la U.S. Navy, además de unos cuantos grupos de acomodados nativos.

Durante la cena, se había entusiasmado contemplando la actuación de un grupo formado por cuatro jóvenes micronesias, las cuales seguían los rítmicos compases de la música dulzona y sensual con increíbles movimientos ondulantes. Bailaban semidesnudas, al tiempo que movían sus cuerpos bronceados en inverosímiles contorsiones. La música y la danza de aquellas jóvenes y bellísimas nativas creaba un ambiente de alto contenido erótico, que fascinó a Frank Pomeroy.

Había mujeres por doquier. Mujeres jóvenes, de exótica belleza, que servían las mesas o acompañaban a los soldados y clientes nativos. Mujeres maravillosas, apenas jovencitas que sonreían dulcemente y parecían prometer el paraíso con sus sonrisas enigmáticas.

—Pero ¿es que en Konor no existen mujeres de cierta edad? —preguntó desconcertado a sus dos camaradas.

—Naturalmente que existen —respondió Dick con una sonrisa—. Pero las mujeres mayores son todas madres o abuelas. Se quedan en sus hogares, atendiendo las faenas domésticas. En las islas, las

diversiones son cosa de los jóvenes, los cuales saben sacarle todo su jugo a la vida. Ya lo verá.

Hastings sonreía burlonamente.

—Warlone, yo y otros muchos oficiales nos conservamos solteros, querido Frank. Y ahora ya puedes imaginarte cuál es el motivo —comentó el jefe de la base, con una sonrisa misteriosa bailando en sus gruesos labios.

También Frank sonreía, de excelente humor.

—¡Y vosotros decís que os aburrís soberanamente! —exclamó, incrédulo—. En tal caso, a cualquier hombre le encantaría aburrirse hasta morir.

Sonaba una samba brasileña. Jóvenes parejas se lanzaron a la pista de baile y se entregaron en los ardientes movimientos de la danza.

Hastings acababa de encargar tres combinados a una de las jóvenes y estilizadas camareras, cuando Frank clavó su mirada en la mujer que cruzaba las mesas situadas junto a la pista de baile.

Fascinado, detalló aquel maravilloso cuerpo ceñido por un vestido de noche color azul, apenas una sencilla túnica de tejido sutil que la cubría desde los tobillos hasta el cuello. A pesar de que la exótica vestimenta la cubría casi por completo, la armonía de sus líneas anatómicas era evidente. Era una mujer joven, no mayor de veinticinco años, alta y esbelta, pero de formas rotundas. Sus exóticas facciones componían una atractiva amalgama de rasgos orientales, micronesios y occidentales. Tenía los ojos grandes y rasgados, oscuros; unos pómulos finos y satinados; nariz recta y bien formada, y boca grande, de labios perfectamente diseñados. Si a todo ello se añade una cabellera negrísima y brillante, recogida en un alto molo, podría explicarse de alguna forma la admiración del teniente de navío Pomeroy.

—¿Quién es? —preguntó a Hastings en un susurro, consciente de que la aparición de aquella bellísima mujer no había pasado desapercibida a la atención de sus dos acompañantes.

—¿La de la túnica color turquesa? —respondió Hastings. Y sonrió despectivamente—: Entre nosotros es conocida por el sobrenombre de La Reina Virgen. Su verdadero nombre es Jean Wong-Li. Es la hija de Charlie Wong-Li, el dueño de este hotel.

—Una mujer maravillosa, inigualable —exclamó Frank, sinceramente impresionado.

La siguió con los ojos, obsesionado. Jean Wong-Li acababa de detenerse junto a una mesa en la que se veía el cartelito de «reservado». Majestuosamente, plegó sus largas piernas y se sentó.

Luego giró despacio su largo cuello y dirigió una distante mirada hacia las plataformas escalonadas del fondo. Por un momento, su mirada se cruzó con la del teniente Pomeroy. Sus ojos oscuros y brillantes se detuvieron un instante en los del hombre y Pomeroy experimentó una extraña e intensa sensación. Al cabo, ella se volvió y el hechizo de desvaneció.

—¿Por qué La Reina Virgen? —preguntó a Hastings, esforzándose torpemente en disimular su ansiedad.

—Lo comprenderás si cometes la temeridad de acercarte a ella —respondió Hastings—. A pesar de su belleza, esa jovencita es un auténtico témpano de hielo. Es la única nativa que sigue estudios universitarios en una universidad hawaiana y ello debe habérsele subido a la cabeza. Por otra parte, su madre era una princesa micronesia, hija a su vez de un *kauli* o reyezuelo nativo y una maestra norteamericana, que recalcó en Koror en extrañas circunstancias, a todo lo cual se debe ese atractivo y distanciante rostro. Su padre, Charlie Wong-Li, se hizo rico gracias a la instalación de la base aeronaval. Para él, Jean es algo tan excelso que en cuanto la muchacha cumplió los catorce años de edad la sacó de aquí, temiendo quizá que la temprana madurez de las muchachas de estas tierras fuera causa de su «perdición». La joven ha seguido al pie de la letra los deseos de su padre. No solo se comporta como una reina inaccesible, sino que es notorio que se ha mantenido virgen hasta los veintidós años, su edad actual. No se relaciona con nadie, aunque suele acudir aquí cada noche para contemplar el espectáculo...

Frank no perdía de vista un momento a la mujer de la túnica azul. Vio que abría su alargado bolso de piel y extraía una pitillera de oro, de la que sacó un largo cigarrillo que se puso en los labios.

Algo que tenía en su mano lanzó un destello, que se reflejó fugazmente en el rostro de Pomeroy.

—Nos está observando a través del espejito que tiene en su

pitillera de oro macizo —advirtió Warlone en voz baja—. A nosotros nos tiene bien vistos. Supongo que es usted el objeto de su curiosidad, Frank.

Este comentario provocó una intensa excitación al teniente Pomeroy. Sus amigos no miraban ya a Jean Wong-Li y hablaban animadamente de temas relacionados con su profesión.

De pronto, Pomeroy se alzó de su silla y dijo:

—Voy a comprar cigarrillos. Se me han terminado.

Las burlonas miradas de Warlone y Hastings le acompañaron mientras descendía los peldaños. Ya abajo, detuvo a una de las chicas que vendían cigarrillos, compró un paquete de «Viceroy» y, mientras encendía un pitillo, reflexionó sobre la estrategia a seguir para forzar un encuentro casual con La Reina Virgen.

Su mente estaba en blanco. Normalmente, Pomeroy era un maestro, un verdadero creador a la hora de improvisar una estratagema que le permitiera acercarse a una mujer de la forma más natural. Pero ahora la excitación y la intensa ansiedad que experimentaban le habían llevado a un estado de torpeza mental absoluto.

Impulsivamente, decidió acercarse a aquella mesa directamente, sin emplear ningún subterfugio.

De pronto se vio frente a Jean Wong-Li, contemplando a aquella hermosa mujer con admiración no disimulada y una amable sonrisa en los labios.

—Buenas noches, señorita Wong-Li. Soy Frank Pomeroy y he llegado esta misma tarde a Koror. Me siento un poco extraño en este ambiente desconocido. ¿Me permite unos minutos?

Ella le estaba observando detalladamente, con una expresión estática y distante. Pero de pronto se produjo el milagro: sus labios se plegaron en una deliciosa sonrisa y el hielo de sus ojos negros se fundió.

—Siéntese, teniente Pomeroy. Le deseo un venturoso Año Nuevo —dijo la Esfinge.

Frank obedeció, deslumbrado.

—¿Cómo? ¿Me conoce? —exclamó, desorientado.

La sonrisa transfiguraba el rostro de Jean Wong-Li, humanizando sus facciones de forma subyugante.

—Koror es una comunidad pequeña y limitada. Cualquier persona que llegue aquí es inmediatamente objeto de la curiosidad de los demás. Y yo también soy curiosa. Imagino que usted también sabe ya algunas cosas de mí —dijo ella, con la mayor sinceridad.

—Es verdad —respondió él, desconcertado—. Tan verdad como que me sentí deslumbrado por usted desde el momento que la vi llegar. Gracias por no rechazarme.

La sonrisa se hizo más amplia en los labios de Jean Wong-Li. Sus blancos y regulares dientes reflejaban las brillantes luces que destellaban en el techo de la sala de fiestas.

—¿Rechazarle? Veo que le han hablado largamente de mí. La Reina Virgen y todo lo demás —comentó ella, divertida.

—Bueno, verdaderamente tiene usted fama de mujer inaccesible —observó Frank, un poco incómodo—. Quizá por eso me siento aún más orgulloso de estar hablando con usted en estos momentos.

—Pues bien, teniente Pomeroy: soy una mujer de carne y hueso como todas las demás. Si me he mostrado distanciante es porque todos los hombres que se han acercado a mí en Koror venían animados por un impulso meramente sexual. Y lo curioso es que cuanto más fría me mostraba con ellos, más tesón ponían en acercarse. Han llegado a utilizar las más pintorescas estratagemas para forzar un encuentro conmigo. Sin embargo, usted no ha puesto en práctica ninguno de los trucos propios de los conquistadores. Por eso le he aceptado de buen grado. Y créame, yo también le deseo un venturoso Año Nuevo.

—Gracias —respondió él emocionado—. ¿Me permite que la invite?

—Por el contrario, soy yo quien debe hacer los honores de anfitriona. Como usted sabrá probablemente, este negocio pertenece a mi padre. ¿Qué le gustaría beber?

—En Hawaii me ofrecieron esta tarde uno de esos combinados llamado *hoopangui*. Me emborrachó ligeramente, pero me encantó. ¿No disponen en Koror de alguna bebida semejante?

Jean sonrió encantadoramente.

—He probado los *hoopanguis* y comprobado sus traicioneros efectos. Dicen que, a la fórmula básica, añaden unos polvos afrodisíacos, aunque no sé lo que hay de verdad en todo ello. No se

preocupe: dentro de unos minutos tendrá su *hoopangui* —prometió.

Sin que Frank la viera esbozar ninguna señal, una camarera se acercó y La Reina Virgen cuchicheó algo al oído de la muchacha.

Disimuladamente, Frank dirigió su mirada a las alturas y halló que el capitán Hastings y el teniente Warlone no le perdían ojo.

«No pueden disimular su envidia», pensó Frank, divertido.

Pero se volvió hacia Jean, que estaba formulándole una pregunta.

—¿Permanecerá mucho tiempo entre nosotros, teniente Pomeroy?

—Es Año Nuevo, Jean. Creemos entre nosotros un ambiente más distendido y menos protocolario. ¿Me permite llamarla por su nombre? Usted puede llamarme Frank —propuso.

—Estaba a punto de hacerle una sugerencia parecida —respondió ella, chispeantes los bellos ojos rasgados—. Le repito la pregunta, Frank. ¿Hasta cuándo permanecerá en Koror?

—No depende de mí. Usted está aquí de vacaciones, pero yo he venido en comisión oficial. Se trata de ese fastidioso asunto del abordaje del *USS Flannaham* a una motonave. Imagino que usted estará al tanto del asunto.

—Desde luego. Y se me antoja una historia apasionante. En Koror todos piensan que el *USS Flannaham* ha surgido de la fosa abismal impulsado por Rahar-Dry y sus multitudes de criaturas subacuáticas.

—Entiendo que la leyenda de Rahar-Dry es subyugante. Pero ¿qué piensa una universitaria como usted al respecto? —planteó el teniente Pomeroy.

—Yo les he visto —susurró ella.

Frank se inmutó. Por un momento el hombre no supo discernir si ella bromeaba o hablaba en serio.

—¿Qué los ha visto? ¿Se refiere a esos seres subacuáticos? —exclamó, lleno de estupor.

Los ojos de Jean fulguraron.

—Vi a unas criaturas de extraño aspecto saltar al mar desde la cubierta del *USS Flannaham* —declaró ella, sin asomo de burla.

En aquel momento llegó la camarera y depositó en la mesa dos preciosos y altos vasos de cristal tallado.

—Dos *hoopanguis* —dijo la muchacha con una sonrisa amable—. Especialmente preparados para ustedes por nuestro *barman*, Hoss

Lamauri.

Se alejó. Frank escrutaba, absorto, las exóticas facciones satinadas de Jean Wong-Li.

—Quiero que repita eso —la apremió Pomeroy—. Dice que vio saltar a...

Pero ella alzó su vaso, contempló al hombre con una expresión enigmática y deseó:

—Brindemos. Por el éxito de su misión, Frank.

Chocaron los cristales y paladearon un sorbo de aquel líquido aromático, verdoso y helado.

—Mmmm... ¡exquisito! —alabó él. Pero enseguida volvió al candente tema que la declaración de Jean Wong-Li había puesto sobre la mesa—. Pero, dígame, Jean: ¿usted ha visto el *USS Flannaham*? ¿Cuándo? —inquirió con ansiedad.

—Hoy mismo, hacia las cinco de la tarde. Poseo un pequeño yate y decidí hacerme a la mar para una jornada de pesca.

—¿La acompañaba alguien?

—No. A veces me gusta sentirme sola en la inmensidad del mar. Me ayuda a relajarme y a reflexionar. Además, la paz que se respira en alta mar me sugiere ideas para mi tesina. Voy a doctorarme este año en historia, en las ramas de arqueología y antropología. Mi tesina versará precisamente sobre ritos, ceremonias, tradiciones y leyendas de la Polinesia y Micronesia. Su argumento básico será la leyenda que habla del dios-pez Rahar-Dry y sus innumerables hijas.

—Siga —la apremió Pomeroy, impaciente y excitado.

—Me encontraba a unas ciento ochenta millas al oeste de Koror y mi embarcación se encontraba al pairo. Había lanzado mis anzuelos y mientras esperaba que picaran los peces, tomé mi pequeño magnetófono y comencé a grabar algunos párrafos de mi tesina —explicó Jean—. Sopló una ráfaga de viento y advertí que un banco de niebla que lamía la superficie del mar se me venía encima vertiginosamente. Y entonces sucedió.

—¿Qué fue lo que sucedió, exactamente? —dijo Frank, dando un sorbo a su fragante combinado.

—La niebla envolvió mi yate bruscamente. La luz huyó y me asusté un poco. De repente vi surgir de entre las brumas la colosal silueta de un viejo crucero norteamericano. Era el *USS Flannaham*...

—¿Está segura de que era el *USS Flannaham*?

—Sí. Pude leer su nombre en el costado de babor cuando el buque cruzó silencioso a pocos metros de mi yate. Estuvo a punto de abordarme, pero no ocurrió nada. Debí gritar de espanto. Y fue entonces cuando vi saltar a aquellas criaturas desde la elevada cubierta. Eran muchos, quizá cuarenta o cincuenta. Comenzaron a zambullirse en las profundas aguas y no volvieron a reaparecer. Chillaban y producían unos extraños sonidos guturales que me aterraron. Luego todo terminó bruscamente. El buque se alejó entre la bruma, se aclaró la niebla y volvió el sol. Yo escrutaba la superficie del mar con desconfianza, pero nada pude ver a partir de entonces. Enseguida arranqué el motor del yate y puse proa a Koror. Estaba muy asustada.

Pomeroy la miró con incredulidad.

—¿Por qué las ha llamado criaturas? —cuestionó el teniente de navío—. Debió decir hombres. Probablemente, nativos, pescadores que subieron a bordo del *USS Flannaham* a curiosear.

Jean se humedeció los carnosos labios con la punta de su lengua rosada.

—¡Es que no eran hombres! —protestó.

—¿Cómo es posible? No me ira a decir que una sesuda universitaria a punto de doctorarse cree en esas estúpidas supersticiones relacionadas con Rahar-Dry, la princesa Drali y sus miles de congéneres...

—No sé qué creer, Frank —declaró Jean, sincera—. Vi cómo unas extrañas criaturas se zambullían en el mar desde lo alto de la cubierta del buque.

—Está bien —murmuró Frank, tratando de tranquilizarse a sí mismo—. Si verdaderamente vio al *USS Flannaham*, su testimonio puede ser de gran importancia. Y ahora le ruego que trate de describirme a esas criaturas. ¿Cómo eran?

En un gesto que encalambrinó al teniente Pomeroy, Jean se chupó, abstraída, su labio inferior.

—Eran... extraños. Desde luego, tenían una apariencia impresionante. Exactamente el de una sirena, si quiere entenderme. Cuando caían, vi flotar al aire sus largas cabelleras de color rojizo. Sus cuerpos eran brillantes y como cubiertos de escamas metálicas

de color verdoso; esbeltos, con largas extremidades anteriores semejantes a brazos. Las piernas... se me antojó que solo tenían una pierna, erizada de espinas en la pantorrilla. Lo que más me impresionó, sin embargo, fueron sus ojos.

—¿Por qué? —se apresuró a inquirir el teniente Pomeroy.

—¡Eran enormes, de forma almendrada, y ocupaban toda la parte superior de sus rostros! Ojos muy grandes, oblicuos e inexpresivos, reflectantes igual que un espejo —respondió Jean.

Callaron. Frank estaba considerando todo lo que acababa de oír, dudando entre darle crédito y achacarlo todo a un delirio, a una quimera, a una visión.

—Puede ser, simplemente, el producto de una mente fantástica —consideró, desconcertado.

De repente, Jean dijo aquello:

—La aparición del buque en medio de la espesa bruma me sorprendió tanto que retrocedí hasta la cabina y dejé abandonado mi magnetófono, que seguía grabando los sonidos del entorno: el rumor de las bordadas del mar sobre los costados del yate, el silbido del viento que su había levantado misterios mente. Y...

—¿Los chillidos de esas criaturas?

—¡Sí! Lo descubrí ya en casa. Rebobiné la cinta, pulsé la tecla de reproducción y pude oír mis propias frases y los rumores circundantes. Luego oí mi propio grito de terror y los chillidos de las criaturas que se encontraban a bordo del buque. Veo por tu expresión, Frank, que aún duda. Pues bien: mañana podrá escuchar las voces de los seres que saltaron al mar desde la cubierta del *USS Flannaham* —declaró Jean Wong-Li.

—Me siento ansioso por oír esa grabación. Perdone, Jean: ¿habló de ese extraño incidente con alguien?

Ella sonrió levemente.

—Sinceramente: no me atreví. No dije nada a mi padre, porque le conozco y se hubiera asustado mucho. Probablemente me hubiera prohibido volver a navegar sola en el yate, como precaución mínima. Los únicos que hubiera dado crédito a mi declaración, por otra parte, serían los «ingenuos» nativos. No se me ocurriría hablar de ello con los occidentales; su frío raciocinio se hubiera negado a creer una palabra de mi relato.

—¿Eso cree? Yo soy un occidental, pero estoy dispuesto a creer en todo aquello que se me pueda demostrar con pruebas. Confieso que soy un poco escéptico respecto a las leyendas y supersticiones, pero mi mente está abierta a todas las sugerencias, Jean.

Ella le contempló con fijeza. Luego dijo:

—Estoy segura, Frank. Confío en usted. Mañana podrá escuchar la cinta que impresioné a bordo de mi yate —consultó el reloj-joya que colgaba de su fino cuello y exclamó, escandalizada—: ¡Es tardísimo! Tengo que marcharme. ¿Sabe? Cuando estoy de vacaciones me gusta aprovechar la luz del día, para lo cual hay que madrugar.

Se incorporó, ofreció su mano a Pomeroy y se despidió.

—¿Le aguardo mañana, hacia las diez? Tengo una casa al otro extremo de Koror, un edificio de estilo colonial de ladrillo rojo.

—Acudiré encantado, Jean —aseguró el hombre. Y se inclinó y rozó la mano de la joven con sus labios—. Le deseo un feliz descanso.

Ella se alejó contoneando levemente las caderas de ánfora, segura de su empaque y de su elegancia.

Cuando Frank la vio desaparecer, suspiró tenuemente y se dirigió al lugar en que le aguardaban sus camaradas.

Evidentemente, tanto Hastings como su ayudante se sentían sobre ascuas.

—¡Enhorabuena, Frank! —le felicitó calurosamente Doug Hastings—. No se puede hacer más en menos tiempo. ¿Cómo te las has arreglado para ser admitido por la inconmovible Reina Virgen?

—Es posible que sea virgen, amigos míos, pero os aseguro que también es la mujer más encantadora del mundo. Creo que no la conocéis bien y que habéis rodeado a Jean Wong-Li de una sarta de prejuicios. En cuanto a lo que acaba de decirme, ninguno de vosotros dos sería capaz de imaginarlo siquiera —respondió Pomeroy.

Acosado por la impaciente actitud de Warlone y Hastings, Frank alzó las manos en un ademán conciliador.

—¡Está bien, está bien! Lo sabréis todo enseguida si... tenéis la gentileza de invitarme a un *hoopangui* —advirtió.

Antes de que la camarera se acercara a recibir el encargo, Frank

Pomeroy comenzó a hablar.

CAPÍTULO VII

Poco antes de las siete de la mañana, Frank Pomeroy fue despertado por los urgentes golpes que sonaban en la puerta.

Apenas había dormido tres horas, pues la velada en el hotel Wapiri se había alargado hasta muy cerca de las cuatro de la madrugada.

Murmurando un reniego se alzó, pues, del lecho y avanzó con torpeza hacia la puerta, que abrió de un empellón.

Un ordenanza le dio el recado:

—El jefe de la base quiere verle urgentemente, señor. Hay un *jeep* esperándole fuera.

Frank volvió al interior de sus habitaciones, gruñendo entre dientes. ¿Qué tripa se le habría roto a Hastings para despertarle a tales horas de la mañana?

Sin detenerse a afeitarse, se refrescó con agua fría en el lavabo, vistió su uniforme y salió.

A las siete en punto estaba en la comandancia de la base aeronaval. En el despacho de Hastings se advertía cierto tumulto. Él y Warlone estaban consultando un mapa, mientras algunos de los oficiales formaban un grupo en una mesa aparte.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre del SNS, olvidando el saludo protocolario.

Hastings le dirigió una fugaz mirada. Con un gesto perentorio le señaló una silla.

—Siéntate, Frank. Tenemos problemas —miró al ordenanza que aguardaba y ordenó que trajeran café para el teniente Pomeroy.

Entre tanto, este había encendido instintivamente un cigarrillo.

—Bien, ¿qué sucede? —exclamó impaciente.

—El *USS Flannaham* ha vuelto a hacer de las suyas.

—¿Quieres decir que...?

—A las seis veinticinco de la mañana apareció súbitamente a estribor del mercante filipino Santa Marta, al que a los pocos minutos había echado a pique. El radiotelegrafista del barco filipino apenas tuvo tiempo de lanzar un desesperado SOS. La llamada de

socorro fue recibida inmediatamente por uno de nuestros remolcadores K-38, que patrullaba en aquella zona. Por fortuna, el salvamento de los náufragos se llevó a cabo en su totalidad en pocos minutos, sin que haya que registrar ninguna baja entre los hombres de la tripulación del Santa Marta.

Frank murmuró una imprecación entre dientes.

—¿Decías...? —inquirió Hastings.

—¡Es... monstruoso! ¡Esa maldita antigualla de la II Guerra Mundial parece empeñada en crearnos problemas! —respondió Pomeroy, encolerizado—. Se diría... se diría que ese barco posee una mentalidad propia que... que le impulsa a destruir. Ya sé que es una locura, pero ¿qué otra cosa puede pensarse? El *USS Flannaham* emerge de su sepultura cuarenta años después de su hundimiento, hace zozobrar una motonave, desaparece misteriosamente y reaparece de improviso para atacar por sorpresa a un inofensivo buque filipino. Coincidiréis conmigo en que todo esto es suficiente para hacerle perder la serenidad al tipo más equilibrado —se desahogó.

Hastings asintió con un gesto grave. Entre tanto, Warlone realizaba minuciosamente unas mediciones con el compás sobre la Fosa de las Marianas.

—Sí, es una situación desconcertante —afirmó el jefe de la base —. Cuando creíamos que ese viejo crucero había vuelto al fondo del océano para descansar para siempre, aparece entre la bruma y acomete a un segundo barco, al que echa a pique en unos pocos minutos. Frank, las cosas se complican. Te he llamado porque tenía que consultar todo esto contigo. El remolcador K-38 se dirigió con los náufragos del Santa Marta a Babelthuap, desde donde serán repatriados. Imagino que tendrás que ponerte al habla con el contraalmirante Kyne.

—Sí —suspiró Pomeroy—. Mucho me temo que ha llegado la hora de informar al «viejo» de todo lo relacionado con ese condenado buque fantasma.

—Uno de mis oficiales te acompañará a la sala de radio — advirtió Hastings—. Por favor, vuelve aquí en cuanto tengas instrucciones precisas del SNS.

Pomeroy abandonó el despacho acompañado por un oficial de la

Base y volvió veinte minutos más tarde. Su semblante aparecía pálido y alterado.

—¿Qué hay de nuevo? —le preguntó Hastings preocupado al advertir la crispación de las facciones de Pomeroy.

—¡El viejo cocodrilo! Ha recurrido a lo que suele llamar su «sentido práctico de las cosas». Después de reprenderme suavemente por no haberle llamado antes, ha decidido ponerse en contacto con la oficina central del SNS en Washington. Lo más probable es que el presidente sea informado de este embrollo, después de que, hacia las diez de la mañana, el asunto sea tratado en el Pentágono. Lo que me ha sacado de quicio ha sido la actitud de Kyne. Disimuladamente, me ha dado a entender que yo sería relevado fulminantemente de esta misión «si no doy muestras de poseer la madurez y veteranía suficientes para solucionar el problema satisfactoriamente».

Hastings sonrió.

—Cálmate, ya conoces a ese viejo resabiado de Kyne. Eses acostumbrado a resolverlo todo desde el cómodo sillón de su despacho. Tómate una taza de café, Frank. Te sentará bien —recomendó a su amigo.

Él mismo le sirvió el café en una preciosa taza de porcelana china. Observó un momento a Frank, mientras este se abrasaba la boca con el ardiente brebaje, y añadió:

—Mientras llega la decisión de Washington respecto a muestro buque fantasma, nosotros nos ocuparemos de otras casas. En primer lugar, voy a movilizar a varias de mis unidades. Probablemente, hoy mismo nos trasladaremos a la zona de la última colisión del *USS Flannaham* para supervisar los trabajos de búsqueda. Voy a movilizar al portahelicópteros *Grant* y al dragaminas *Laberynth*, que serán apoyadas por tres remolcadores y varias lanchas patrulleras. Entre tanto, tú podrías entrevistarte con La Reina Virgen. Es decir, con la señorita Jean Wong-Li —añadió a modo de disculpa.

—¿Con qué objeto?

—En primer lugar, y según nos explicaste anoche, Jean está dispuesta a permitirte oír la grabación de su magnetófono. Podrías convencerla para que te permitiera obtener una copia de esa cinta, que sería estudiada por nuestros especialistas. Si se trata de un

fraude, nuestros expertos lo descubrirían inmediatamente.

Frank miró a su superior con reproche.

—¿Por qué habría de ser un fraude? Imagino que esa clase de prejuicios es lo que os ha granjeado la antipatía de Jean y su natural alejamiento. Por mi parte, no estoy dispuesto a opinar hasta conocer el asunto a fondo —expuso.

—Como tú quieras. Escucha: como argumento para convencer a *miss* Wong-Li de que debe poner esa cinta magnetofónica a nuestra disposición, puedes invitarla a formar parte de nuestra expedición. Ella parece estar tan interesada en este misterioso asunto como nosotros. Estoy seguro de que le gustaría venir con nosotros —sugirió el capitán Hastings.

Frank meditó mientras saboreaba su segunda taza de café.

—De acuerdo, iré a hablar con ella. Pero quiero llevar este asunto a mi manera. Me disgustaría que la señorita Wong-Li llegase a tener una opinión desfavorable de mí —dijo.

—Veo que te ha hecho una profunda impresión esa jovencita —comentó Hastings, divertido. Pero se apresuró a añadir, advirtiendo un rictus colérico en las facciones del teniente Pomeroy—: De acuerdo. Dejo el asunto en tus manos por entero. Resuélvelo como mejor te parezca.

Poco antes de las diez de la mañana, Frank Pomeroy llegaba en un *jeep* a la residencia de los Wong-Li, situada al otro extremo de la población de Koror.

Una bella nativa de apenas catorce años vino a abrir la puerta y le invitó a pasar. Jean le aguardaba en un salón-biblioteca, rodeada de libros, cuadernos y rotuladores. Vestía unos *shorts* azules que contrastaban atractivamente con sus muslos bronceados. Al verla de tal guisa, Pomeroy se sintió levemente inquieto.

—Le estaba esperando, Frank —dijo ella, con naturalidad—. Siéntese. ¿Quiere tomar algo?

—Una taza de café, si no es mucha molestia.

—Ninguna, desde luego. Kikki, trae una taza de café al teniente Pomeroy —ordenó a la jovencita que aguardaba en la puerta.

Luego miró de reojo al oficial.

—Imagino que estará deseando escuchar la grabación que tomé ayer —sugirió.

—Así es, Jean. Creo que este asunto ha llegado a apasionarme tanto como a ustedes —respondió, cortés.

A ella pareció satisfacerle aquella respuesta. Abrió un cajón de la ringlera insertada en un armario y lo depositó sobre la mesa.

—Anoche, después de despedirnos, vine aquí y estuve pasando docenas de veces el pasaje de esta cinta en que están grabadas las «voces» de aquellas insólitas criaturas. Y digo «voces», puesto que cuanto más las he oído más segura estoy de que eran verdaderas voces, aunque expresadas con raras resonancias guturales —declaró la joven—. Pero será mejor que escuche.

Se disponía a conectar el aparato cuando apareció Kikki con una bandeja. Esperaron, pues, hasta que la chica se marchó después de haber servido el café a Pomeroy.

Luego se dispusieron a escuchar. Al principio se oyó la bien modulada voz de Jean, desgranando cuidadosamente algunas frases de su tesina. Como un rumor de fondo, llegaba el sonido acompasado del golpeteo del mar contra las amuras del yate.

Luego comenzó a dejarse oír el silbido del viento y los crujidos del yate, que debía balancearse violentamente sobre el mar. Inmediatamente después, un grito de espanto. Era la voz de Jean, asustada, sobrecogida. Y seguidamente unos chillidos inarticulados, voces confusas y guturales, seguidas del rumor característico de varias zambullidas.

—Póngalo otra vez, por favor —rogó Pomeroy, perplejo.

Jean obedeció. Cuando Frank hubo oído aquella grabación una segunda e incluso una tercera vez, su perplejidad fue en aumento.

—Es curioso, sí. Parecen voces femeninas —declaró, absorto.

—¿Verdad que sí? —se animó ella—. ¿Cuál es su opinión al respecto, Frank? ¿De qué criaturas puede tratarse?

Pomeroy se encogió de hombros, sinceramente desconcertado.

—No lo sé. A menos que todos estemos siendo objeto de una pesada e inteligente broma —especificó.

Encendió un cigarrillo y ofreció a Jean, pero ella se excusó diciendo que no solía fumar tan de mañana.

—Verdaderamente, resulta apasionante, ¿verdad? —exclamó ella, brillantes los ojos de animación—. Me gustaría saber qué piensa la U.S. Navy al respecto. Porque imagino que les interesará el

contenido de esta cinta.

Frank contuvo el aliento.

—¿Estaría dispuesta a permitir que obtuviéramos una copia? —susurró, admirado de que ella misma le hiciera aquella insinuación.

—Por supuesto. Solo les pido que tengan cuidado al reproducirla y no la estropeen. Me gustaría conservarla.

—En cuanto a eso, puede estar tranquila. La U.S. Navy cuenta con verdaderos expertos en estos trabajos: le devolveremos su cinta intacta. Jean, le agradezco profundamente su generosidad y su espíritu de colaboración.

Ella sonrió.

—Ya le dije que soy una persona como las demás. Si me puse a la defensiva, puede creer que no fue por afán de aislarme o por un impulso orgulloso. Usted... Bueno, no parece igual que ellos. Ha sido muy correcto conmigo, encantador.

Se encendió otro cigarrillo... cuando aún conservaba el primero en los labios. Jean captó su despiste y prorrumpió en una alegre carcajada que el hombre coreó de buena gana.

—En compensación, ¿por qué no acepta una invitación para venir conmigo a la Fosa de las Marianas? —preguntó de pronto. Y añadió —: El *USS Flannaham* ha vuelto a aparecer y de forma dramática. Poco después de las seis de la mañana aparecía de improviso al oeste de Palaos y echaba a pique a un carguero filipino. Por fortuna, la tripulación fue recogida minutos después por uno de nuestros remolcadores. He informado al jefe del SNS en Los Ángeles, el cual consultará a su vez con la oficina central en Washington. Estamos a la espera de instrucciones, pero con toda probabilidad tendremos que encontrar a ese insólito buque fantasma.

—¡Un buque fantasma! —exclamó ella, entusiasmada—. Me apasionan todos los misterios y, por supuesto, iré con usted encantada. Supongo —se cortó un poco— que iremos en compañía de otros oficiales de la armada.

—Sí. Pero puede dejar a un lado todos los prejuicios, Jean. Le aseguro que los oficiales de la armada saben comportarse como verdaderos caballeros —la tranquilizó Pomeroy.

—Muy bien. ¿Cuándo será? ¿Hoy?

—Con toda seguridad —respondió Frank—. Esté preparada. Le

enviaré un coche en cuanto lleguen noticias del continente.

A las once de la mañana penetraba de nuevo en el edificio de la comandancia, llevando en un estuchito la cinta magnetofónica que Jean Wong-Li le había confiado.

En el despacho del capitán Hastings había novedades recentísimas.

—Dos radiogramas, uno para ti y otro para mí. He leído el mío. Aquí tienes el tuyo, firmado por el contraalmirante Kyne. Por supuesto, no lo he abierto hasta que llegases tú. ¿Quieres leerlo?

Frank tomó el sobre azul y lo rasgó. Leyó rápidamente:

> «CONTRAALMIRANTE Brando U. Kyne A TENIENTE DE NAVÍO Frank Pomeroy.
>
> ENVIADAS INSTRUCCIONES A JEFE BASE AERONAVAL KOROR RESPECTO CRUCERO *027* «*USS FLANNAHAM*». PÓNGASE A SUS ÓRDENES E INFÓRMEME RESULTADO OPERACIONES. BRANDO U. KYNE».

Frank mostró el papelito azul al capitán Hastings, que pasó la vista por las líneas impresas a teletipo y le devolvió el documento.

—En cuanto a mis instrucciones, proceden del Pentágono y están clarísimas: orden terminante de situar al *USS Flannaham* y hundirlo —confesó Hastings.

—¿Hundirlo?

—Así es. Inmediatamente. En Washington quieren resultados. Y nosotros tenemos que ofrecérselos o rodarán nuestras cabezas.

—Pero ¿por qué hay que hundir ese buque? —se admiró Pomeroy—. Lo más lógico sería encontrarlo, remolcarlo a puerto y examinarlo escrupulosamente.

—Comprendo tu estupor. Yo también me he llevado una sorpresa con la decisión del Pentágono. Sin embargo, comprendo la postura de nuestros jefes: ese buque fantasma nos está causando problemas y más problemas. Naturalmente, ellos creen que los abordajes del *USS Flannaham* se han producido de forma casual. Y piensan que enviándolo nuevamente al fondo del mar terminarán todas nuestras preocupaciones.

Frank asintió con un movimiento de cabeza.

—Ya veo. E imagino que en el Pentágono se han dejado llevar

por los consejos del «viejo» Kyne y su «sentido práctico de las cosas». Aquí, entre nosotros, esa medida de hundir al *USS Flannaham* se me antoja estúpida. Tenemos un misterio a desentrañar, un fenómeno inexplicable y apasionante. Pero a nuestros jefes solo se les ocurre la vía más rápida y elemental: destruir el crucero.

—Es posible. Pero las órdenes del Pentágono son indiscutibles. Así que, aunque nos contraríe, busquemos al *USS Flannaham*, encontrémoslo y echémoslo a pique.

—Muy bien —respondió Pomeroy, sin disimular su irritación—. Obedezcamos como buenos soldados.

—¿En cuanto a tu gestión con la señorita Wong-Li?

—Aquí está la *cassette*. He oído la grabación. Se me antoja inquietante, pero tus especialistas dirán la última palabra. Jean se ha mostrado dispuesta a colaborar con nosotros desde el primer momento. Y también ha aceptado encantada mi invitación a formar parte de la expedición. Solo espera mi aviso. ¡Ah! Y por favor, quiere que le devuelvan su cinta una vez haya sido reproducida y estudiada por los expertos navales.

—Se le devolverá intacta. Y ya puedes enviar a recoger a *miss* Wong-li. Parte de la flota está ya en camino hacia la Fosa de las Marianas. En cuanto tu amiga esté aquí, partiremos hacia allá en un helicóptero —decidió el capitán Hastings.

CAPÍTULO VIII

A las doce cincuenta del mediodía el mar aparecía despejado en todo cuanto abarcaba la vista.

A bordo de un helicóptero «Explorer» y a una altura de quinientos metros, viajaban el capitán Hastings, los tenientes Pomeroy y Warlone, dos alféreces de fragata y la tripulación de la aeronave.

Sentado junto a Jean, Frank Pomeroy escudriñaba el mar a través de unos prismáticos de campaña.

—Por fortuna, la niebla se ha levantado ya —exclamó, volviéndose hacia Hastings, que conversaba con su ayudante—. Si el *USS Flannaham* no ha vuelto a hundirse, terminaremos por encontrarlo.

—Eso espero —respondió Hastings—. Por desgracia, yo no soy tan optimista como tú. Ayer, a partir del mediodía estaba tan despejado como hoy. A pesar de lo cual ni los remolcadores ni los aviones de reconocimiento lograron hallarlo. Me pregunto...

—¿Sí? —exclamó Frank, atento.

—Me pregunto cómo pudo esconderse.

—¿Esconderse?

—¿Qué otra cosa puede pensarse, Frank? Mis aviones estuvieron volando durante cinco horas y recorrieron las aguas de la fosa en toda su longitud. El barco no pudo escapar. Tuvo que esconderse en alguna parte.

—O tal vez permaneció hundido entre dos aguas y fue puesto a flote nuevamente por el impulso de las corrientes submarinas —sugirió Pomeroy.

—Tal vez, pero esa solución se me antoja demasiado rebuscada —opinó Hastings—. Por otra parte, está el hecho de los dos abordajes a una motonave australiana y un carguero filipino. El primer caso puede tomarse como un accidente casual. El segundo...

Pomeroy parpadeó, desconcertado.

—¿Quieres decir que el segundo abordaje no ha sido casual? —planteó.

Hastings agitó la cabeza violentamente, como si con ello buscara arrojar de sí algún pensamiento inquietante.

—No sé qué pensar. Se diría que el *USS Flannaham* se mueve a impulsos de un cerebro maligno, como si realmente estuviera tripulado —dijo. Pero enseguida se echó a reír, como si quisiera burlarse de sus propias palabras.

Frank reflexionó sobre ello, mientras Jean Wong-Li le observaba con interés. Desde el escorzo, el perfil de Pomeroy tenía un vigor inusitado, marcados profundamente sus rasgos viriles a impulsos de su intensa concentración mental. Por su parte, Frank estaba relacionando para sí las últimas palabras de Hastings —«como si realmente el *USS Flannaham* fuera tripulado»—, con la increíble experiencia vivida por Jean Wong-Li el día anterior.

Ella había visto saltar a unas «criaturas» desde la cubierta del crucero. ¿No podría tratarse de personas, de hombres disfrazados, piratas?

Pero en tal caso, ¿cómo unos piratas podrían poner en movimiento un buque seriamente averiado en sus motores?

«A menos que los motores no hubieran resultado afectados por los impactos nipones», reflexionó.

Recordó lo que había leído acerca del *USS Flannaham* en el registro-archivo de los buques de la U.S. Navy. El crucero de la serie Hood había recibido varios graves desperfectos a popa, justo en el momento en que un fuerte golpe de mar le ponía de quilla. Pero ahora recordaba perfectamente que no se hacía ninguna mención especial al deterioro de los motores. De todas formas, el hundimiento del *USS Flannaham*, ocurrido casi cuarenta años atrás, se había producido en circunstancias tales que ni uno siquiera de sus tripulantes se salvó, por tanto no existían testimonios sobre el estado del buque cuando finalmente se hundió en las profundas aguas de aquel paraje, situado en el centro de la Fosa de las Marianas.

Poco a poco, Frank fue aceptando mentalmente una hipótesis: el crucero había emergido a la superficie por causas ignoradas. Un grupo de avispados piratas se había apoderado del barco de guerra y comprobado que las averías a bordo eran mínimas. A casi diez kilómetros de profundidad prácticamente no existe vida orgánica, por lo que el *USS Flannaham* podía haberse conservado muy bien en

las profundidades, a salvo de las incrustaciones de pólipos como el coral.

«Imaginemos que un grupo de fanáticos o ladrones hubiera logrado poner a punto los motores y los restantes sistemas de navegación de ese buque —se propuso a sí mismo—. Y sigamos imaginando que deciden dedicarse al abordaje y a la piratería. En tal caso, resultaría lógico que adoptasen disfraces para evitar ser reconocidos por los pescadores que pululaban entre las islas o las tripulaciones de barcos pesqueros y cargueros».

Estaba dispuesto a exponer tal hipótesis al capitán Hastings, cuando recordó el incidente vivido por Jean el día anterior. Y aquel recuerdo echó por tierra todas sus complicadas reflexiones.

Porque... si verdaderamente un grupo de piratas se había apoderado del crucero, ¿iban a huir atropelladamente al escuchar el simple grito de una mujer asustada? Por el contrario, en caso de avistar el yate de Jean se hubieran apresurado a apoderarse de la embarcación y, probablemente, hubieran secuestrado a la joven.

Estaba pensando en todo esto, cuando allá abajo aparecieron las estelas que dejaban en pos de sí varias unidades de la U.S. Navy. El centro de la formación lo ocupaba el portahelicópteros *Grant*, que era escoltado por el dragaminas *Laberynth* y media docena de lanchas cañoneras.

En cuanto la flota fue avistada, el capitán Hastings dirigió un mensaje por radio al teniente de navío John Cazalet, comandante del *USS Grant*, ordenándole que el portaeronaves aminorara su velocidad, de modo que el helicóptero que los transportaba pudiera descender con seguridad sobre la pista de la nave.

Desde el *USS Grant* se recibió respuesta positiva en el acto y el helicóptero comenzó a descender. Pocos minutos después, los pasajeros, con el capitán Hastings a la cabeza, ponían pie sobre la pista del portaeronaves y se reunían con su joven comandante.

Cazalet acababa de recibir informes por radio procedentes de los remolcadores y la escuadrilla de hidroaviones de reconocimiento: la tripulación del *Santa Marta* había sido desembarcada en el puerto de Babelthuap sin novedad. En cuanto al buque fantasma, no quedaba rastro de él. Ni el segundo de los remolcadores K-38 —que seguía patrullando la zona—, ni los aviones de reconocimiento habían

conseguido avistar el escurridizo e incongruente *USS Flannaham*.

Frank advirtió que el rostro de Hastings comenzaba a exudar copiosamente en cuanto recibió aquella información de última hora de boca del teniente John Cazalet.

—Si no estuviera seguro de que se trata de un crucero de cuarenta y dos mil toneladas, pensaría que tenemos que vérnoslas con un escurridizo submarino —le oyó murmurar Frank.

Poco después de estar a bordo del *USS Grant*, Hastings se retiró a deliberar con los componentes de su estado mayor en el puesto de mando de la nave. Comprendiendo que su presencia no era imprescindible y seguro de que Hastings le pondría al corriente de todas las medidas adoptadas en el consejo, Frank Pomeroy decidió quedarse en cubierta con Jean Wong-Li.

—Las cosas van complicándose —dijo a la joven, confidencialmente—. El Pentágono ha ordenado que echemos a pique ese buque fantasma en cuanto le avistemos. Confieso que no estoy de acuerdo con tal decisión, pues a mí me gustaría examinar ese barco minuciosamente. Sin embargo, la «conducta» de ese buque ha logrado desconcertarme y sospecho que va a crearnos más de un quebradero de cabeza. Quizá la mejor solución, a fin de cuentas, sería atacarlo en cuanto lo tengamos a la vista. Y hundirlo. Aunque por el momento se mantiene oculto como una serpiente en su madriguera.

—¿Oyó el comentario del capitán Hastings, Frank? —respondió ella, excitada—. Dijo que el *USS Flannaham* se comportaba del mismo modo «que si estuviera tripulado». Y todo eso me ha dado que pensar. ¿Y si las criaturas que yo vi saltar al mar fueron sus verdaderos tripulantes? —planteó ella en un susurro.

—Yo también he pensado en ello —respondió Pomeroy. Y le confió sus especulaciones, que finalmente se había visto obligado a desechar—. Como verá, la imaginación nos gasta a veces bromas tremendas.

Ella asintió y se quedó abstraída. Habían llegado paseando hasta el costado del *USS Grant* y Frank acababa de apoyarse sobre la amura de estribor. Contemplaba fijamente el mar intensamente azul, cuando ella apoyó una mano en su antebrazo y el hombre se volvió al experimentar una intensa sensación de placer en cuanto percibió el

contacto.

—Frank, anoche apenas pude dormir —dijo ella. Estaba magnífica, con sus largos cabellos ondeando al viento y un pantalón celeste ciñendo sus caderas. Su blusa, del mismo color, se plegaba a su breve cintura y permitía contemplar un busto mareante—. Mi imaginación se desbocó. Y empecé a pensar. Recordé lo que mi padre me había contado sobre aquel suceso de 1932...

—¿Qué ocurrió en 1932? —preguntó Pomeroy, despertando su interés.

—Papá siempre me hablaba de ello, cuando yo era niña. Dijo que una noche de verano surgió en el firmamento una luz cegadora. Un enorme objeto candente surcó el cielo y fue a hundirse en las profundas aguas del mar. «Y el fondo del océano resplandeció como si mil luces lo iluminaran», relataba mi padre que por entonces era pobre y se dedicaba a la pesca de ostras perlíferas. Debía tener poco más de dieciocho años por entonces y aquel suceso se le quedó profundamente grabado en su mente de adolescente. Para él, aquella maravilla tenía connotaciones de augurio. Y nunca se cansaba de repetírmelo. «Debe ser una señal, aunque yo no sepa lo que significa», solía decir...

Hizo una pausa y trató, inútilmente, de poner en orden sus alborotados cabellos. Y continuó:

—Anoche me sentí intrigada recordando aquel suceso. Y luego quise profundizar en aquel asunto. Guardo en casa unos viejos ejemplares de la revista *National Geographics* que había hojeado de niña. Los busqué con gran excitación y comprobé, entusiasmada, que entre aquellos números tenía cuatro fechados en 1932. Enfebrecida ya, pasé las páginas y finalmente encontré lo que buscaba: una reseña científica de aquel raro fenómeno que tanto había impresionado a mi padre cuando era adolescente. En agosto de 1932, un gran aerolito había atravesado la atmósfera terrestre y había ido a hundirse en el mar a la altura de la Fosa de las Marianas. Los datos científicos eran rigurosos y... sorprendentes. Al contacto con aquella masa candente, las aguas del mar circundante habían alcanzado temperaturas de hasta setenta grados centígrados y los vapores que brotaron de la superficie cubrieron una extensísima zona, desencadenando en los días siguientes tremendas tormentas

eléctricas. Sin embargo, más sobrecogedor fue el efecto inmediato de aquella mole ardiente al chocar contra el mar y hundirse profundamente: una ola de catorce metros de altura asoló las islas.

—Impresionante, en verdad —comentó Pomeroy, que no se cansaba de contemplar a Jean—. Pero tus ojos brillantes y ese jadeo que hincha tu pecho vienen a significar que aún hay algo más que quieres decirme.

Jean suspiró profundamente. Asintió.

—Me pasé gran parte de la noche estudiando los periódicos locales y algunas revistas científicas. Los datos que extraje de ese estudio son muy concretos y concluyentes: a partir de 1932 se incrementaron brutalmente los fenómenos geológicos que suelen suceder en esta parte del mundo.

—Explícate con más claridad —rogó Frank.

—Verás. Desde el momento en que aquel colosal bólido se zambulló en la Fosa de las Marianas se desataron gran cantidad de fenómenos, tales como maremotos, erupciones submarinas, terremotos, etcétera. Y lo que yo me pregunto es si la caída de aquel gran aerolito sería la causa de las posteriores convulsiones geológicas que han venido repitiéndose y multiplicándose desde entonces —planteó Jean, estupefacta.

También Frank se sentía asombrado.

—Eres una mujer sorprendente, Jean. Inteligente, deductiva, con gran capacidad de síntesis... —pronunció, admirado—. Tus descubrimientos vienen a significar que esa hiperactividad geológica no se debe simplemente a la casualidad, o a causas de origen interno de nuestro planeta, sino al hundimiento de ese gran aerolito en la Fosa de las Marianas. Sin embargo, hay algo que no logro comprender.

—Dilo.

—Las perturbaciones que la caída del aerolito debieron causar en 1932 habrían cesado necesariamente a los pocos meses, ¿no es razonable? Sin embargo, tú aseguras que han seguido produciéndose hasta hoy mismo.

—Sí, así es. Basta leer la lista de fenómenos geológicos que confeccioné anoche para comprenderlo —afirmó Jean—. Eso quiere decir que... que la causa de la perturbación continúa en actividad, ahí

abajo —y señaló la profundidad del mar.

Pomeroy la miró con estupor.

—¿El aerolito?

—¿Qué otra cosa, si no? —respondió ella, convencida de lo que afirmaba—. Ahí abajo hay algo que provoca seísmos y fenómenos tan extraños como la reaparición del *USS Flannaham*, cuarenta años después de su hundimiento. No quiero ser tachada de fantástica, pero incluso he llegado a pensar que esas criaturas que abandonaron el buque de guerra cuando yo grité...

—... provienen del interior del colosal pedazo de roca que vino a hundirse en la Fosa de las Marianas hace unos cincuenta años —sugirió Frank, asombrado de sus propias palabras.

Jean apretó los labios obstinadamente.

—Sí, Frank. Eso es lo que pienso —susurró.

En aquel momento, un marinero vino a comunicar al teniente Pomeroy que el capitán Hastings les esperaba para almorzar.

Influenciado por la conversación que acababa de mantener con Jean Wong-Li, Frank dirigió una desconfiada mirada al mar. Luego tomó a la joven por el brazo y fueron a reunirse con el capitán Hastings y sus oficiales, que les aguardaban en el comedor del comandante del *USS Grant*.

La comida se desenvolvió en un ambiente agradable. En la mesa, el centro de todas las miradas era necesariamente la guapa mujer morena que se sentaba a la derecha del teniente de navío Frank Pomeroy.

Tras el almuerzo, el teniente John Cazalet se ofreció amablemente para mostrar su enorme nave a la señorita Wong-Li. Ella se volvió para consultar a Frank con la mirada y este la animó a conocer el *USS Grant*.

Poco después, Frank se reunía con el capitán Hastings y el teniente Warlone.

—Las decisiones adoptadas en la sesión de mi estado mayor son las siguientes: enviar escuadrillas de helicópteros «Sea-Explorer» hasta las islas situadas al poniente, en una amplia labor de rastreo del mar. Los helicópteros llegarán hasta el límite de su autonomía y volverán aquí para repostar. Las unidades no regresarán a la base hasta que hayamos avistado al buque que buscamos y esta noche nos

acercaremos al atolón de Eawah Takiri, donde pernoctaremos, para hacernos nuevamente a la mar a las cinco de la madrugada. Con esta estrategia, tratamos de copar con aeronaves y barcos todo el mayor espacio posible de mar Los abordajes del *USS Flannaham* se han producido en ambos casos al amanecer, cuando los bancos de niebla descienden a ras del mar. De esta forma, tal vez la suerte nos acompañe y tropecemos con ese crucero asesino al amanecer. Y si es así, juro que se habrán terminado todos nuestros problemas, porque enviaré a ese viejo fantasma al fondo del mar —bramó Hastings, más enojado de lo que Frank le viera jamás.

Warlone le informó de otra medida de seguridad: Hastings enviaría a través de la radio un aviso de emergencia a todas las naves pesqueras y de cabotaje que normalmente cruzaban la Fosa de las Marianas, advirtiéndoles del peligro de ser abordados por un crucero de guerra a la deriva.

Mientras estaban hablando, los pesados «Sea-Explorer» comenzaron a despegar de la pista del *USS Grant* y se alejaron con la lentitud de gordas avutardas, en todas direcciones.

Treinta de aquellos helicópteros, dos escuadrillas de hidroaviones «Wing», y quince naves de la U.S. Navy patrullaron esa tarde una inmensa extensión oceánica.

Al caer la tarde, los «Sea-Explorer» regresaron al portahelicópteros *USS Grant*, las escuadrillas de hidroaviones volvieron a su base de Koror y los navíos de guerra fueron a refugiarse en el atolón Bawah Takiri, donde existía un pequeño poblado de pescadores.

Durante los días 2, 3 y 4 de enero las unidades al mando del capitán de navío Douglas Hastings recorrieron millares de millas cuadradas en busca del esquivo *USS Flannaham*, sin hallarlo.

No dejaron por registrar ninguna isla y profundizaron en los atolones y recovecos del archipiélago de las Marianas, agotando todas las posibilidades. Pero el buque fantasma no fue hallado.

Hastings, por su parte, y Frank Pomeroy por la suya, enviaron informes a sus jefes respectivos. En cuanto a Pomeroy, recibió instrucciones precisas para liquidar los hundimientos de la motonave *Port Saint Richard* y el carguero filipino *Santa Marta*.

—Tras lo cual, vuelve inmediatamente a rendir informe a Los

Ángeles —había especificado tajantemente el «viejo» contraalmirante Kyne.

Sin embargo, cuando la flota volvió a la base aeronaval de Koror era el viernes 5 de enero.

—Es inútil que ponga a tu disposición uno de mis aviones —le advirtió el capitán Hastings a Pomeroy—, puesto que llegarías a Australia en pleno fin de semana. No encontrarías a los armadores ni podrías entrevistarte con los aseguradores. Quédate pues, hasta el lunes y de esta forma podremos estar juntos durante un par de días más. Probablemente no volveremos a vernos hasta dentro de otros cuatro o cinco años, de modo que...

Frank ansiaba quedarse en Koror. Y se agarró a la sugerencia de Hastings como a un clavo ardiendo.

Y...

CAPÍTULO IX

Al amanecer, el yate *Miri Tokalu* partió del amarradero de pescadores de Koror. A bordo iba un entusiasta y optimista Frank Pomeroy, vistiendo un alegre atuendo deportivo y una inquieta, pero gozosa, Jean Wong-Li.

La excusa para aquella excursión era una partida de pesca. Jean le había confiado la noche anterior a Frank que en las proximidades de Bawah Takiri podían pescarse pequeños tiburones azules de unos veinte kilos, con tal de poner en el cabo una carnada de su invención, compuesta por una masa de harina, pequeños trozos de calamar y una goma pegajosa de cola de pescado.

Sin embargo, ambos sabían que lo que les movía a abandonar Koror era su necesidad de estar a solas, sin testigos de vista. En Koror se sentían excesivamente observados y vigilados por ojos curiosos. Lo mejor era poner tierra —mar, en este caso— de por medio.

La noche anterior, Frank había sido invitado a cenar por Charlie Wong-Li en el Hotel Wapiri. La cena se había celebrado en un recoleto comedor privado y solo habían asistido Frank Pomeroy, Jean y su padre.

Charlie Wong-Li, contra lo que esperaba Frank, no era en hombrecillo pequeño, flaco y amarillo, sino un hombre de más de sesenta años, alto, corpulento y sonriente. Estrechó la mano de Frank con un vigor poco común en un hombre de su edad y le guio hasta un pequeño bar privado, donde los tres tomaron un aperitivo.

Charlie Wong-Li era una persona encantadora, de modales suaves y elegantes, palabra culta y simpática, poco corriente. Frank simpatizó enseguida con el padre de Jean.

El menú fue delicioso. *Poi-poi*, entremeses, sopa de aleta de tiburón, *luau*, pollo a la japonesa, solomillo Koipi y postres exquisitos. Todo ello con el complemento sorprendente de magníficos vinos italianos, españoles y franceses.

Después de la cena, Wong-Li volvió a estrechar cálidamente la mano de Pomeroy y se retinó a descansar.

Frank minó intensamente a La Reina Virgen y sugirió:

—¿Por qué no vamos un rato a bailar?

A ella le encantó la idea. Aquella noche no vestía su magnífica túnica azul turquesa, sino un vestido estampado a mano y zapatos de ante de tacón alto. Por otra parte, en Koror no se podía ir a bailar a otro sitio que a la sala de fiestas del propio Hotel Wapiri. Y allá fueron.

Su entrada en la sala causó sensación. Luego llegaron a la pista de baile y bailaron durante una hora. Después, rendidos, ocuparon una mesa y paladearon un par de *hoopanguis*.

Se miraban constantemente y no percibían nada de lo que ocurría a su alrededor. Delicadamente, Frank tomó una mano de Jean y susurró a su oído:

—Siento la necesidad de amarte, Jean. Es algo superior a mis fuerzas, superior a todo. Creo que te amo apasionadamente, Jean.

—¡Calla! —respondió ella, falsamente escandalizada.

Poco después, con la luna alta en el cielo y cuando se disponían a despedirse, ella dijo:

—Acompáñame. Yo también necesito amarte, Frank. Es un ferviente deseo inaplazable. ¡Ven!

Y le tomó por el brazo y le arrastró hasta su motocicleta «Yamaha», aparcada frente al Hotel Wapiri.

Juntos gozaron de una intensa noche de amor. Dichosos y felices, se entregaron el uno al otro y se amaron hasta quedar extenuados.

Antes de que el sueño les rindiese, acordaron hacerse a la mar al día siguiente. Y así, poco después de salir el sol, el pequeño yate *Miri Tokalu* abandonaba el amarradero del puerto de pescadores.

Querían estar solos, sí. Pero a ambos les movía otro afán imperioso: el enigma del *USS Flannaham*.

Los dos sabían que una experiencia de tal género podía resultar sumamente peligrosa, pero se sentían seguros manteniéndose unidos. Y en cualquier caso, estaban dispuestos a afrontar el riesgo.

Llevaban a bordo dos equipos de buceo, con varias botellas de oxígeno de repuesto. Frank había solicitado al capitán Hastings copias de los ecogramas del fondo marino obtenidos por el equipo del dragaminas *Laberynth*. Con ese material se proponía estudiar el relieve del fondo del mar en la Fosa de las Marianas.

El mar aparecía despejado en el litoral, aunque una hora más tarde —eran las ocho de la mañana— advirtieron un extenso banco de niebla hacia el sur.

Jean viró cuatro grados al norte para evitar la bruma. Una hora más tarde alteró nuevamente la derrota del yate y puso proa al sudoeste. Para entonces, el banco de niebla se había difuminado por completo.

Jean dejó fijo el timón y sacó un mapa. Señaló un puntito rojo que ella misma había marcado en medio del mar. Aquel punto estaba situado exactamente a los 139° longitud este y los 13 grados de latitud norte.

—Este es el punto justo en el que se hundió el gran aerolito de 1932 —observó la joven—. Curiosamente, corresponde también al epicentro donde irradian todas las perturbaciones meteóricas que se han venido produciendo con intensidad desde aquella fecha. Ahora nos estamos acercando a ese punto.

Frank dirigió una intensa mirada a su alrededor, ¿qué ocurriría si en un determinado momento vieran aparecer la fantasmal silueta de *USS Flannaham*? Nervioso, Frank encendió un cigarrillo.

Jean oteaba la mar a través de unos prismáticos de largo alcance. De improviso, exclamó, gesticulando:

—¡Allí está, allí lo tenemos!

Frank se puso en pie de un salto.

—¿Qué es lo que has visto? —murmuró pálido.

Jean se volvió hacia él con una sonrisa radiante.

—La barrera de coral adonde acuden los tiburones —respondió, alegre—. Dentro de media hora estaremos lanzando los anzuelos.

Pomeroy dejó escapar un profundo suspiro entre sus labios. Más tranquilo, se dejó resbalar hasta el asiento de babor y empezó a preparar los aparejos de pesca.

A las once divisaban la barrera de coral, que emergía en el borde de la Gran Fosa de las Marianas. La barrera tenía forma de *boomerang* y su longitud sería de unas dos millas.

Jean condujo diestramente el yate entre las formaciones calcáreas de pólipos y alcanzó la pequeña ensenada que formaba la barrera de coral.

La embarcación se balanceaba levemente en aquellas aguas

tranquilas hasta detenerse por completo. Lanzaron el ancla y se dispusieron a lanzar los anzuelos.

Las aguas eran allí someras y diáfanas. A una profundidad de unos seis metros podían verse con toda claridad las manadas de pececillos de colores que pululaban entre los corales.

Lanzaron los anzuelos con la carnada que Jean traía en unos botes, y esperaron.

Era un día espléndido, calmoso y soleado, sin rastro ya de formaciones nubosas. Hacia las doce del mediodía hacia tanto calor que Jean comenzó a desprenderse de sus ropas hasta quedar en bikini.

Frank la estaba observando y su respiración se aceleró al contemplar aquel bellísimo cuerpo semidesnudo y bronceado. Recordó bruscamente las peripecias de la intensa noche vivida en la intimidad de la alcoba de Jean y bruscamente sintió la garganta seca y el deseo a flor de piel.

Jean se acercó, vio sus ojos brillantes y comprendió. Inclinando la cabeza, le besó suavemente en los labios. Luego le tomó de la mano y le llevó a la cabina, donde ambos se abrazaron apasionadamente.

Al cabo de un rato oyeron tintinear la campanita de aviso de una de las cañas de pesca. Alborozada, Jean saltó de la litera, recuperó a toda prisa las dos pequeñas piezas de su bañador y abandonó la cabina a la carrera.

Cuando Frank salió al sol Jean bregaba duramente, mientras un margolín[2] de metro y medio saltaba espectacularmente sobre el mar.

—¡Ayúdame! —gritó ella, sudorosa y arrebolada—. ¡Este bicho es demasiado para mí sola!

Forcejearon a brazo partido, largando sedal y recogiendo de cuando en cuando. El margolín daba saltos de cuatro metros sobre la superficie y se resistía tenazmente a ser capturado. Por fin, media hora después lograron acercar el gran pez hasta la popa del yate y Frank lo abatió finalmente de un arponazo. Tiraron ambos al mismo tiempo y, al cabo, la presa resbaló sobre la borda y cayó en cubierta, debatiéndose en la agonía.

—Una pieza formidable —murmuró Frank, jadeante—. Debe pesar no menos de setenta kilos. Disecado, constituiría un bello trofeo de pesca.

—No se me ocurriría llenar mi casa de pescados disecados por nada del mundo —exclamó ella—. Pero se me ocurre algo mejor. ¿Crees que podrás sostenerlo en pie?

—Lo intentaré —respondió el hombretón, todavía jadeante.

Jean desapareció en la cabina y volvió enseguida con una magnífica cámara fotográfica japonesa.

Los ojos oscuros de Jean destellaban cuando exclamó:

—Ya verás. Te haré una foto que podrás mostrar con orgullo a tus hijos e incluso a tus nietos. ¡Levántalo!

Conteniendo su repugnancia, el hombre se abrazó al margolín y lo alzó. Como pudo, sostuvo a su costado el gran pez, mientras Jean se disponía a disparar. Sin embargo, no llegó a presionar el botón del obturador. Pálida y absorta, contemplaba algo que debía encontrarse a espaldas de Frank Pomeroy.

—Pero ¿qué te ocurre? —exclamó el hombre, desconcertado.

—¡Allí, allí! —murmuró Jean con un hilo de voz, señalando con una mano temblorosa hacia el arrecife de coral.

Frank soltó al margolín bruscamente y se volvió de un salto. Miró hacia el erizado arrecife y vio a las siluetas que saltaban al mar desde lo alto de las crestas.

Por desgracia, todo fue tan rápido que Frank no podría asegurar si las criaturas que acababan de zambullirse en el mar eran seres humanos o simples focas.

Pero la palidez intensa de las facciones de Jean le dijo sin palabras que ella sí había tenido tiempo suficiente para identificar a aquellas criaturas.

—¡Eran... ellos! ¡Los mismos que saltaron desde la cubierta del *USS Flannaham*! —murmuró la joven, temblorosa.

—¿Estás segura?

—¡Completamente segura! Estaba graduando la velocidad de exposición y la luz, cuando los vi asomar por encima de las crestas. ¡Esos horribles ojos sin expresión! Creo que... que ellos nos estaban observando.

Frank vino hacia ella y la abrazó.

—¡Estás temblando! Por favor, cálmate. Al fin y al cabo, ¿no vinimos hasta aquí con la esperanza de ver algo semejante?

Jean se fue tranquilizando poco a poco. De vez en cuando miraba

por encima del musculoso hombro del hombre en dirección a las rompientes del arrecife coralino. Pero allí ya no quedaba ninguna de aquellas extrañas criaturas.

Jean se mordió los labios, despechada.

—¡Estúpida de mí! ¡Debí tomar unas fotos inmediatamente! Ahora es demasiado tarde. ¡Han desaparecido! —se lamentó.

Frank, que también escrutaba sin parpadear las crestas del arrecife, susurró:

—Saltaron hacia el otro lado. Es decir, hacia mar abierto. ¿Quieres que vayamos a echar una ojeada?

Jean tembló. Pero enseguida se mordió el labio inferior con aquel característico gesto de obstinación y replicó:

—¡Sí! Vayamos allá. Tenemos que averiguar de una vez por todas quiénes son esas insólitas criaturas que aparecen y desaparecen como duendes.

—De acuerdo. Pero antes déjame utilizar tu radio-transmisor —sugirió Pomeroy.

Penetró en la cabina, mientras Jean vigilaba el arrecife valiéndose de sus prismáticos. Pocos minutos después, salió Frank.

—He enviado un mensaje a la base aeronaval. No he podido hablar con Doug Hastings, pero sí con el teniente Warlone. Me ha prometido buscar a su jefe y transmitirle mi mensaje. Más tarde, volveremos a comunicarnos con Koror.

Jean estaba recogiendo el ancla. Luego puso en marcha el motor del yate y se colocó tras el timón. Con gran habilidad, condujo la embarcación a través de los canales angostos del coral y salió a mar abierto. Enseguida viró hacia el este y alcanzó el punto en que el arrecife se doblaba en la característica forma de un *boomerang*. El motor dejó de zumbar y el yate se deslizó despacio hasta el borde del áspero arrecife.

Frank saltó a tierra y tomó el cabo que Jean le lanzaba. Una vez asegurada la nave, contemplaron los alrededores con desconfianza.

—Este es el lugar exacto —susurró Jean, como si alguien pudiera oírle—. Se zambulleron aquí, justamente.

El mar estaba en calma, tan sereno como una laguna oleosa. No se advertía nada sospechoso en los alrededores. Sin embargo, tanto Jean como Frank experimentaban una sensación angustiosa,

indefinible.

—Están ahí abajo, lo presiento —dijo Jean, con voz contenida—. No podemos verlos, pero están ahí. ¡Apostaría mi mano derecha!

Frank rio, nervioso.

—No apuestes nada y prepárate para bucear. Vamos a explorar esos fondos marinos —dijo, apretando las mandíbulas.

Jean le contempló con orgullo. Frank Pomeroy no solo poseía un magnífico aspecto viril y un cuerpo sólido y musculoso, sino también un corazón bien templado.

—Contigo iría yo al fin del mundo. Aunque, te lo juro: sentí un escalofrío cuando vi a esas criaturas en el arrecife.

—Vamos allá, no perdamos el tiempo —le animó él.

En pocos minutos estuvieron dispuestos. Las aguas eran templadas y solo llevaban el visor-respirador, el cinturón con los contrapesos de plomo y el puñal en su funda, y sendos equipos con dos botellas de oxígeno cada uno.

Frank fue el primero en penetrar sigilosamente en el agua y Jean le siguió enseguida. Se zambulleron y, a una señal del hombre, nadaron despacio por encima de las formaciones multicolores de coral somero.

La arena era fina, dorada. El suelo descendía en aguda pendiente hacia las profundidades marinas.

Nadaron a través de un canal submarino en dirección a la zona más oscura. Las aguas eran tan transparentes que permitían divisar las sinuosidades de las formaciones coralinas a gran distancia. Bandadas de peces «ángel» se deslizaban gallardamente por debajo de las plataformas de corales sin demostrar temor alguno ante la proximidad humana.

Inquieto, Frank recordó que habían venido al arrecife «boomerang» a pescar tiburones. Según Jean, los escualos, aunque no de gran tamaño, acudían en gran número a cazar a la barrera de arrecife. Hasta aquel momento no habían visto ningún tiburón pero...

No fue la proximidad paralizante de ningún escualo lo que le obligó a detenerse de improviso.

La línea de corales había terminado de repente y ambos buceadores se encontraron ante la inmensidad inquietante del fondo del mar. La arena dorada seguía extendiéndose en aguda pendiente

hacia adelante, hasta llegar a un espeso bosque de algas, distante unos cuarenta metros.

Por encima de la maraña vegetal, los ojos de Frank Pomeroy vieron emerger un poste metálico. Y otro y otro.

Y después, súbitamente, el casco alargado y grisáceo de un gran buque de guerra.

Jean también se había detenido y aferraba su brazo derecho señalándole la mole del crucero con un ademán perentorio.

Sobre el costado de estribor podía leerse claramente el rótulo enorme trazado con grandes caracteres blancos: *0-27 USS Flannaham*.

CAPÍTULO X

Dos grandes hidroaviones «Erskine» amarraron en la lengua del arrecife «boomerang» a las dos de la tarde.

Desde el arrecife, Frank Pomeroy y Jean Wong-Li vieron botar las lanchas neumáticas, en una de las cuales viajaban el capitán de navío Hastings y su ayudante, Dick Warlone. Ellos fueron los primeros en desembarcar en el arrecife, seguidos por los restantes hombres del equipo, formado por buceadores de la U.S. Navy y artificieros navales. En total, unos sesenta hombres ansiosos por echar una ojeada al escurridizo *USS Flannaham*.

Mientras el resto del equipo permanecía a bordo de las «Zodiac» con motor fueraborda, Hastings y Warlone se reunieron con Frank y Jean en el erizado arrecife.

Hastings miró inquisitivamente a Pomeroy y dijo:

—Me has echado a perder una interesantísima partida de póquer en la que, además, iba ganando. Espero que haya valido la pena.

—Tú mismo puedes juzgar, Doug —respondió Pomeroy, excitado—. Hemos encontrado el buque fantasma a unos ochenta metros de este arrecife y a unos treinta metros de profundidad. Está ahí —señaló con el brazo—. Es suyo.

Hastings se acarició el mentón con un ademán nervioso.

—Según Dick, tú y la señorita Wong-Li habéis registrado el buque —comentó.

—Así es. Y puedo asegurarte que nos hemos llevado una buena sorpresa —respondió el teniente Pomeroy.

—¿Una sorpresa? ¿A qué te refieres?

—Tú mismo lo comprobarás, si quieres zambullirte. El *USS Flannaham* está intacto. Si alguna vez sufrió desperfectos, alguien se ha preocupado de reparar todas las averías. Jean y yo no tuvimos mucho tiempo para inspeccionar el buque, pero te aseguro que todo está en orden a bordo, aunque el barco esté sumergido. Pero hay algo más que me ha preocupado hondamente...

—¿Qué?

—Lo lógico hubiera sido hallar los esqueletos de los casi

cuatrocientos tripulantes de la dotación del *USS Flannaham* de los cuales pudo salvarse. No hemos hallado ningún esqueleto. El buque está limpio —declaró Pomeroy.

—¿En cuanto a esas insólitas criaturas que estaban en el arrecife? Dick me ha hablado de ello, pero...

—Estaban aquí, de eso no cabe ninguna duda. Pero se zambulleron y desaparecieron. Tampoco hemos hallado rastro de ellas.

Hastings se decidió.

—Muy bien. Voy a ordenar a los buceadores que desciendan y realicen una exploración. Si ese barco está ahí realmente, se quedará en el fondo del mar para siempre —declaró.

Warlone fue el encargado de dirigir las operaciones. Cuando los primeros buceadores desaparecieron bajo las aguas, Pomeroy interpeló al capitán Hastings.

—¿Qué piensas hacer con ese barco?

—Obedecer las órdenes del Pentágono. Algunos buques de la flota se dirigen ya hacia aquí, pero no creo que sea necesario su apoyo logístico. Mis artificieros colocarán potentes cargas explosivas en el *USS Flannaham*, que haremos explotar desde distancia segura. Y... ¡plaf! nos habremos librado de este engorro para siempre —respondió el jefe de la base aeronaval de Koror.

—Así de fácil —murmuró Pomeroy, cambiando una mirada con Jean.

Pero Hastings clamó en voz alta:

—¿No podéis ofrecerme algo de comer? ¡Estoy hambriento!

Saltaron al yate, que se balanceaba levemente junto al arrecife, y Jean preparó un rápido y jugoso almuerzo a base de filetes de margolín a la plancha y ensalada. A media milla de distancia se mecían los mastodónticos hidroaviones «Erskine» y, más acá, una docena de lanchas «Zodiac» evolucionaban sobre el lugar en que los buceadores de la U.S. Navy acababan de situar al *USS Flannaham* a veintiséis metros de profundidad.

Hastings estaba zampándose —con gran fruición— un enorme filete de pescado a la plancha, cuando se produjo la alarma. Como Pomeroy expresaría después, «el mar se agitó de repente en la superficie», bailaron locamente las lanchas «Zodiac» y los dos

hidroaviones «Erskine» desaparecieron súbitamente, como tragados por el mar.

El capitán Hastings se atragantó. Pero supo reaccionar enseguida: Jean y Frank le vieron saltar de la cubierta del yate a una «Zodiac» atada a él y gritar al marinero que la pilotaba: «¡Avante, por todos los diablos!»

La lancha saltó como un desbocado corcel por encima de las olas que acababan de formarse repentinamente y se dirigió hacia el centro de las operaciones.

Absortos, Jean y Frank siguieron las incidencias de aquel dramático momento. Algunos buceadores estaban emergiendo a la superficie y eran recogidos apresuradamente por los hombres que permanecían en las lanchas, las cuales se agitaban precariamente sobre el furioso e inesperado oleaje.

Pocos minutos después traían a un hombre herido en una de las lanchas. El buceador lanzaba horribles gemidos de dolor. Jean estuvo a punto de desmayarse cuando comprobó que el brazo izquierdo de aquel hombre había sido cercenado a la altura del antebrazo. Aunque habían vendado precariamente la herida con un pañuelo, este chorreaba sangre.

Fueron unos momentos de infernal caos. El herido chillaba mientras a bordo del yate un sanitario le cauterizaba el muñón, las lanchas se aproximaban al arrecife y el capitán Hastings se daba a todos los diablos.

La mar estaba tan agitada que los hombres que llegaban se vieron forzados a sacar las «Zodiac» del agua y arrastrarlas hasta el arrecife. Al herido acababan de inyectarle un sedante y, por indicación de Jean, le llevaron a descansar a una de las literas del yate.

Los buceadores se habían reunido alrededor del yate y cambiaban entre sí excitados comentarios. Contemplando sus facciones descoloridas, Frank comprendió que se sentían aterrados.

¿Qué había ocurrido en el fondo del mar?

Algo más tarde, cuando los ánimos se tranquilizaron un tanto y Hastings hubo enviado un mensaje urgente a la base de Koror, los buceadores que habían descendido hasta el *USS Flannaham* explicaron lo sucedido.

—Encontramos el buque a los pocos minutos. Se encontraba en medio de un bosque de algas de unos seis metros de longitud y lo identificamos enseguida. Nos extrañó que un crucero que había sido hundido a cañonazos se encontrase intacto, pero dimos un rodeo alrededor del casco, que exploramos minuciosamente. Luego decidimos ascender hasta la cubierta y seguir la exploración...

Fue entonces cuando advirtieron que el buque se desplazaba lentamente de proa.

—Al principio, sospechamos que el movimiento del mar le estaba empujando hacia zonas más profundas, pues la pendiente sobre la que se recostaba era muy aguda, pero pronto nos alarmamos al comprobar que el *USS Flannaham* se desplazaba demasiado aprisa sobre el fondo del mar...

Tres de los buceadores fueron hacia la popa y entonces...

—Vimos un extraño artilugio adosado a la popa del buque. Era... como una nave en forma de delta, en cuya parte superior se veía una gran burbuja de cristal. Unos hombres que vestían equipos de submarinistas (eso pensamos en el primer momento) se movían dentro de aquella burbuja transparente.

Los buceadores entendieron que era aquella extraña nave submarina la que impulsaba al buque hundido hacia las profundidades.

—Nos acercamos a la estructura «delta» y comprobamos que su fuselaje inferior era muy abultado y terminaba en dos plataformas metálicas a modo de grandes zarpas, que se hundían profundamente en el fondo marino.

Estaban contemplando, asombrados, aquella estructura propulsora, cuando por encima de la cubierta del *USS Flannaham* aparecieron unos insólitos buceadores de cabellos rojos y enormes visores en forma de almendra...

—¡Fue una verdadera oleada, como si una manada de grandes peces acabara de surgir de improviso! Desconcertados (ni siquiera llevábamos más armas que los puñales del equipo de buceo), retrocedimos ante el ataque de aquellos buceadores. Solo cuando uno de ellos abrió sus fauces y arrancó de un mordisco la mano izquierda de Jim Paxton, entendimos que nos enfrentábamos a verdaderos monstruos desconocidos y no a simples submarinistas.

Paxton estaba desangrándose en el fondo del mar, cuando dos de sus compañeros le aferraron por las axilas y le elevaron hasta la superficie.

—Se produjo un momento de pánico entre nosotros —relató uno de los buceadores—. *USS Flannaham* se deslizaba hacia las profundidades como si una fuerza ciclópea le succionara. Por mi parte, solo me interesaba ponerme a salvo de aquellas espantosas criaturas de escamas verdosas y ojos espejeantes. Pero antes de alcanzar la superficie, miré hacia atrás y me pareció ver que una nave de extrañas proporciones se deslizaba por encima del crucero. Luego llegué arriba y fui izado a una lancha. No sé más.

Tras el recuento, se comprobó que faltaban tres buceadores.

Hastings se sentía impotente. Un inesperado golpe de mar había echado a pique a sus dos hidroaviones «Erskine», había perdido de vista al *USS Flannaham* y le faltaban tres de sus buceadores.

A las cuatro de la tarde, mientras Dick Warlone enviaba desesperadas llamadas a Koror a través de la radio del yate, Hastings decidió que las lanchas «Zodiac» recorrieran la zona en busca de los submarinistas desaparecidos.

Para entonces, el mar había vuelto a la calma y no se divisaba ningún peligro próximo. Pero en el aire latía un ambiente de angustia y tensión.

Las «Zodiac», con Hastings y el teniente Pomeroy al mando, volvieron al arrecife una hora después. No traían noticias alentadoras: ni rastro de los desaparecidos.

A solas con Pomeroy y Jean Wong-Li, Hastings se bebió de un trago una botella de cerveza y bramó:

—¡Monstruos submarinos, extrañas máquinas que empujan buques hundidos tan grandes como un portaaviones...! ¿Qué es todo esto?

Frank sonrió levemente.

—Como habrás podido comprobar, Doug, valía la pena abandonar tu partida de póquer —comentó, sin el menor ánimo humorístico.

Jean volvía en aquel momento de echar una ojeada al buceador herido, Jim Paxton. Les informó que Paxton dormía bajo el efecto de la inyección sedante y luego murmuró como si hablase consigo

misma:

—Deben tener una base ahí abajo.

—¿Cómo ha dicho? —saltó Hastings, inquieto.

—Sí, ha oído perfectamente, capitán Hastings. Los seres que llegaron de las estrellas deben disponer de una base submarina —pronunció Jean, reflexiva—. Solo así podría entenderse su adaptación a la vida subacuática y su capacidad de movimiento en esta zona. Tal vez estén llevando a cabo experimentos geológicos o... bélicos. En cualquier caso, disponen de máquinas de complicado diseño y grandes naves submarinas, como parece comprobado.

Hastings miró a la joven con asombro y luego desvió su mirada hacia el teniente Pomeroy.

—Pero ¿qué está diciendo esta mujer? ¿Es que se ha vuelto loca? —clamó.

—Me temo que Jean está en lo cierto, Doug —respondió Frank. Y finalmente se decidió a darle cuenta de las comprobaciones que había llevado a efecto Jean Wong-Li en relación con la caída del meteoro de 1932—. No se trata de simples especulaciones. Tus propios hombres han visto una extraña máquina en forma de delta y han descrito con sus propias palabras a las criaturas que Jean y yo hemos visto con nuestros propios ojos. Verdaderos monstruos desconocidos... las llamó uno de tus buceadores.

Hastings se mesó, muy nervioso, sus escasos cabellos grises.

—Pero ¡todo eso es fantástico! ¡Lo que me estáis describiendo en una verdadera invasión, procedente del exterior! —exclamó, demudado.

—Sí, una verdadera invasión que comenzó hace cincuenta años con la caída de un gran bólido en esta misma zona de la fosa. Al enfriarse bruscamente, la envoltura del aerolito debió estallar y disgregarse, liberando a los seres y máquinas incluidos en su masa. Tal vez han estado preparándose para atacar durante medio siglo —imaginó Frank Pomeroy—. Por lo menos, ahora ya sabemos cómo lograron elevar al *USS Flannaham* desde el fondo del mar. En cuanto a los abordajes y hundimientos, tal vez necesitaban el material del que están hechos los barcos para construir o reparar sus máquinas...

Hastings jadeó, los brazos en jarras.

—¡Todo esto es una locura, pero parece tan real...! —se lamentó.

Después, en una brusca reacción, penetró en la cabina y lanzó un nuevo y desesperado SOS a través de las ondas. Cuando salió, miró a Jean y a Frank con ademán decidido y advirtió:

—¡Vamos a prepararnos para la batalla!

Y abalanzándose sobre los restos del almuerzo, comenzó a zampar lo que quedaba a grandes bocados.

EPÍLOGO

A Partir de la tarde del 5 de enero comenzaron a confluir unidades de la U.S. Navy en la Fosa de las Marianas.

La flota se componía de un portaaviones, el *USS Frankel*, un portahelicópteros, varios acorazados y cruceros, lanchas torpederas rápidas, seis submarinos nucleares, dos dragaminas y un buque oceanográfico, el *USS Mermaid*.

Las autoridades militares prohibieron temporalmente el tráfico marítimo a través de la fosa, alegando la realización de unas maniobras navales especiales. Esta advertencia fue difundida constantemente a través de comunicados directos a los gobiernos de los distintos países, y también a través de la radio y la televisión.

A partir de aquel momento, el cuartel general de operaciones se situó en el arrecife «boomerang», desde donde el capitán de navío Hastings dirigía los movimientos de sus unidades.

Al atardecer de aquel viernes fueron llegando sucesivamente las unidades de la flota. Siguiendo el plan de operaciones, una escuadrilla de bombarderos despegó de la cubierta del *USS Frankel* con la misión de patrullar la fosa. Antes de que regresaran al portaaviones, nuevas unidades estaban en el aire para llevar a cabo el relevo.

También las rápidas cañoneras patrullaban por las inmediaciones, vigilados por cuatro de los submarinos, mientras otros dos sumergibles permanecían en la laguna del arrecife «boomerang» para proteger a los buques anclados allí.

Aviones, helicópteros, lanchas torpederas y cañoneras...

Todos se unieron en la tarea de acosar a un enemigo que ni siquiera tenía nombre.

Al amanecer, uno de los submarinos nucleares dio la alarma: el sonar de a bordo había captado la proximidad de una nave no identificada.

Súbitamente, el *USS Flannaham* apareció ante la barrera de arrecifes, surgiendo como una mole fantasmal de entre las brumas matinales. A juzgar por su velocidad, superior a los veinticinco

nudos, se diría que le impulsaba algo más que sus propios motores.

Todas las unidades estacionadas en la laguna comenzaron a hacer sonar sus sirenas de alarma. El buque fantasma se acercaba rápidamente, directamente hacia el costado del *USS Frankel*.

—¡Destrúyanlo! —gritó el capitán a través de la radio.

Los dos submarinos de escolta dispararon sus torpedos al unísono. Se vio la estela que dejaban en pos de sí aquellos dos mensajeros de muerte y luego resonó una explosión atronadora. Una gran cortina de agua se elevó a las alturas y el *USS Flannaham* simuló encabritarse sobre el mar. Sin embargo, un momento después se hundía rápidamente en la laguna, partido en dos su casco.

Las autoridades navales no informaron a la opinión pública de este suceso. Tampoco hicieron ninguna declaración en el sentido de que buceadores de la armada habían recuperado del fondo de la laguna una extraña máquina o nave en forma de delta... Nadie, excepto los hombres de la U.S. Navy y una mujer —Jean Wong-Li —, supo que, tras el hundimiento de las dos mitades del *USS Flannaham*, centenares de cadáveres de extrañas criaturas aparecieron flotando sobre el mar...

Pero Frank Pomeroy y Jean Wong-Li vivieron la extraña aventura hasta el último de sus episodios.

En la mañana del 6 de enero de 1982 fueron botados al agua desde la cubierta del buque oceanográfico *USS Mermaid* tres pequeños submarinos del tipo «Dugong», autónomos y capaces de alcanzar grandes profundidades submarinas.

La noche anterior, que transcurrió para Jean y Frank a bordo del *USS Grant*, Pomeroy había estudiado una vez más los ecogramas que el capitán Hastings le había entregado. Los ecogramas que tenía en su poder suponían el resultado de los trabajos más recientes del buque oceanográfico *USS Mermaid* en cuanto al estudio de los fondos marinos en el archipiélago de las Marianas y, particularmente, en la zona de la Gran Fosa.

Estudiando, pues, los relieves del fondo marino, Frank halló una amplia comisa situada en la misma pared de la fosa y a una profundidad de 2.800 metros. Tanto a Frank como a Jean, les llamó poderosamente la atención el perfil que mostraba la parte superior de aquella cornisa: semejaba exactamente una cúpula de unos

doscientos cincuenta metros de diámetro.

Tras obtener autorización del capitán Hastings, Frank se dispuso a explorar aquel lugar. Jean también obtuvo permiso para participar en aquella misión, teniendo en cuenta la asesoría prestada a la U.S. Navy.

Así, a las nueve de la mañana, los pequeños sumergibles «Dugong» descendieron hacia la fosa apoyados por tres submarinos nucleares. Cuarenta minutos después habían alcanzado la profundidad de 2.800 metros. Sobre la cornisa que había registrado el ecograma, descubrieron una extraña construcción metálica semiesférica, cuya cúpula superior era transparente. Desde el interior de aquella construcción se escapaba una insólita fosforescencia azulada.

Pomeroy informó inmediatamente al capitán Hastings acerca de su descubrimiento. La respuesta de Hastings fue fulminante:

—Los «Dugong» ascenderán en el acto. Los submarinos nucleares se dispondrán a destruir esa construcción submarina.

Lentamente, ascendieron los submarinos «Dugong», que fueron enseguida izados hasta la cubierta del *USS Mermaid*. Frank y Jean salían de su encierro cuando una tremenda convulsión se produjo en el fondo del mar. Una muralla liquida de quinientos metros de altura se mantuvo unos instantes en las alturas y luego cayó espectacularmente. Diez minutos después comenzaron a emerger restos destrozados y centenares de cadáveres de las desconocidas criaturas.

Cuando los submarinos nucleares abandonaron la fosa, la flota se apartó unas millas de aquel lugar. Sin embargo prosiguieron las patrullas por toda la zona y siguió intensificándose la vigilancia, a pesar de que el buque fantasma ya nunca volvería a hacer ninguna de sus dramáticas apariciones.

En la noche del 8 de enero, Charlie Wong-Li, padre de Jean, estaba asomado a una de las terrazas de su hotel, cuando un objeto que expandía un cegador resplandor azulado emergió del mar, ascendiendo vertiginosamente en el oscuro firmamento y desapareció.

Sonrió sabiamente, movió la cabeza y murmuró:

—Sabía que un día volverían a su lugar de procedencia. Ahora

todo vuelve a estar en paz.

* * *

—¿Qué vamos a hacer ahora? —planteó Jean aquella esplendorosa mañana del mes de enero—. Tú volverás al continente dentro de unos días, yo tendré que resignarme a la Universidad de Honolulú. ¿Qué va a ser de nosotros, Frank?

El hombre la besó cálidamente en los labios.

—Aprovechar el tiempo que nos queda —propuso a la joven en un susurro.

Pero Jean se separó violentamente de él.

—¡Yo no te quiero por unas horas, por unos días! —protestó, llorosa—. ¡Yo te quiero para siempre! ¿No comprendes que para mí nada será igual si no te tengo a ti?

Súbitamente, él comenzó a reír a carcajadas. Y luego la abrazó prietamente por el talle. Jean abrió mucho los ojos, aturdida y asustada.

—¡Eso es lo que yo deseaba oír! —exclamó él gozoso—. Y por eso me he adelantado a tus deseos. Aunque para ello he necesitado el respaldo y la colaboración de mi amigo Hastings.

—¿Quieres decir... que te quedas en Koror? —preguntó Jean, incrédula.

—Sí, he sido destinado a la base aeronaval, bajo las órdenes del capitán Hastings.

—Pero ¿cómo lo has conseguido? ¡Parece tan difícil!

—Y lo era. Verás, Doug y yo pusimos en práctica una estratagema, sabiendo que el «viejo» Kyne estaba deseoso de desprenderse de mí. Kyne temía que yo pudiera hacerle sombra en el SNS, ¿entiendes? Hastings le envió un informe por radio, en el que hacía constar su desagrado por la indisciplinada conducta del teniente de navío Pomeroy en estas islas. Según Hastings, yo merecía que las autoridades navales me destinasen a la base de Koror, donde el propio Doug se ocuparía de disciplinarme convenientemente. ¡Y Kyne tragó el anzuelo! Dijo que él mismo se encargaría de llevar a cabo la gestión del cambio de destino. Y hora todo está arreglado. Esta misma mañana acabo de recibir la

confirmación de mi nuevo destino. Tú iras a doctorarte en Ohau y yo iré a verte en cuanto pueda. Y luego... estaremos aquí juntos y solos. ¿Qué te parece?

Jean no respondió con palabras. Se sentía tan emocionada que le resultó absolutamente imposible hablar.

Cuando fue capaz de reaccionar, dijo:

—Pero tú amabas tu carrera en los servicios especiales de la U.S. Navy. Y lo has sacrificado todo por mí...

—Por encima de todo, «Reina Virgen», yo te amo a ti.

—¿«Reina Virgen?» ¡Tú sabes muy bien que ya no lo soy! —sonrió ella, pícara. Tomó a Frank por la mano y ambos cruzaron la calle en dirección a donde les aguardaba la «Yamaha».

Un momento después Jean arrancaba el motor de un pedalazo y Frank se abrazaba a su cintura en el asiento posterior. La máquina rodó sobre el pavimento y a toda velocidad desapareció hacia el extremo sur de la población...

FIN

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROTAR DE NUEVO.

LA CALVICIE SUPERADA.

EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados p haber aplicado otros tratamientos en l que les ofrecieron muchas garantías resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días y apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existent había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación d la sangre en el cuero cabelludo latent dando nueva vida a los bulbos capilares dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados qu el pelo comenzaba a brotar de nuevo

(Continúa en la página siguiente



Antes del tratamiento — Al terminar el primer mes — Finalizado el tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por ultimo les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar como masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marhsall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimula activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº. 536. Santander (España)

Nombre

Apellidos

Calle **Nº** **Piso**

Población **D. Postal**

Provincia

RELOJ ALARMA

Este reloj digital de cuarzo liquido con avisador programado y cuatro pulsadores dispone de las siguientes funciones: Hora, minutos, segundos, n.º de mes, día del mes, día de la semana, programador de alarma y luz para la noche.

Ref. 2.077

sólo 2.200,— pts





MINI RELOJ DE PENDULO

Bellisimo reloj que simula un reloj de péndulo de cuco, funciona a cuerda y el péndulo y la palomita superior están en continuo movimiento. Finamente decorado a mano este simpático reloj reproduce una casita tirolesa con elementos en relieve. Por sus pequeñas dimensiones (150 × 110 mm) es ideal para dar una nota de alegria a las habitaciones juveniles.



Mini Reloj de Péndulo

Ref. 2.279

por sólo 1.750,- pts.

RELOJ DIGITAL PARA SEÑORITA

Con caja y pulsera de acero inox. de bellisimo diseño. Tiene cinco funciones: Horas, minutos, segundos, mes y día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.053

sólo 1.150,— pts



RELOJ DIGITAL PARA CABALLERO

Resistente reloj de caja y pulsera en acero inox. Con cinco funciones: horas, minutos, segundos, número del mes, día del mes y luz para lectura nocturna

Ref. 2.052

sólo 1.150,— pts

Condiciones para America, pedir información.

Sr. Director: Acogiéndome a sus ofertas y teniendo en cuenta las garantias que me ofrece, le ruego me envie a mi domicilio los articulos que le detallo a continuacion, asi como los regalos que me corresponden de acuerdo con el importe de mi pedido.

REF.	ARTICULO	PRECIO

PAGO REEMBOLSO

GASTOS DE ENVIO	150
IMPORTE TOTAL	

Nombre ______________________ Edad ______

Domicilio ______________________ Tel ______

Población ______________________ Dto. Postal ______

Provincia ______________________ Fecha de pedido ______

Escribir a BAZAR POPULAR, Apartado 14.020, Barcelona





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

Notes

[←1]

Una de las máximas profundidades oceánicas, junto a las islas del mismo nombre.

[←2]

Especie de pez-espada.